

Universidad Complutense Madrid

· Soltando Lastre · Escuela Segunda Fundación · El ojeba · Finalistas del concurso de relatos BYTE · Cibergénesis · La soga al cuello · hWord · Razones para no viajar en el tiempo · Por un anillo · Día de mudanza ·

Comité Editorial

Rafael Caballero Roldán Héctor Cortiguera Herrera Samer Hassan Salvador de la Puente González Ismael Rodríguez Laguna Francisco Romero Calvo Fernando Rubio Diez Julio Septién del Castillo Gumersindo Villar García-Moreno

Portada

Beatriz Alonso Carvajales

Maquetación

Beatriz Alonso Carvajales Salvador de la Puente González

Concurso BYTE patrocinado por



Editorial

Comité Editorial

Leer, perdón por la obviedad, es un placer. Pero poder acabar un relato y permanecer un momento reflexionando sobre lo que acabamos de leer o, simplemente, sintiendo que aún estamos inmersos en la atmósfera a la que nos ha transportado el autor es un placer de dioses. Y el verano, con sus vacaciones, es la época del año en la que la mayoría de los mortales podemos acercarnos a esta divina experiencia. Para contribuir a ello Sci-Fdi presenta su cuarta entrega cargada de relatos que nos harán pensar, estremecer o, simplemente, nos dejarán perplejos.

En esta ocasión tenemos además la oportunidad de presentaros los 16 (es decir, 2⁴) relatos finalistas del concurso Byte, organizado por nuestra revista. Se trataba de escribir microrrelatos relacionados con la ciencia ficción y a ser posible, con la informática en un máximo de 256 (es decir, 2⁸) palabras. La respuesta de nuestros lectores y de los aficionados al género ha sido entusiasta: hemos recibido 175 relatos de todos los luga 1ºByte res del mundo hispanohablante. Leerlos todos ha supuesto una magnífica experiencia, pero elegir a los mejores ha sido, podéis creernos, una tortura, dada la calidad de los envíos. Queremos agradecer a todos los participantes su esfuerzo por condensar en tan pocas palabras sus ideas y emociones.

Por otra parte, el equipo editorial desea realizar una importante aclaración. Ha llegado a nuestro conocimiento el rumor recientemente propagado de que tanto este editorial como los relatos incluidos en la revista son producidos únicamente por un programa experimental de generación literaria aleatoria. Queremos desmentir categóricamente ahsdfdas qoider – line 1745 internal error – core dumped – contact the administrator.

Índice

۱	Sortango lastre)
I	Escuela Segunda Fundación	6
I	El ojeba	7
I	Una vida distinta	8
l	Virus	9
l	¿No compensa piratear?	10
l	El gran enemigo	11
l	Apaga	12
l	La Llave	13
l	Un mundo mejor	14
l	La aguja del pajar	15
l	4?	16
l	Inteligencia Artificial	17
l	El portátil de papá	18
l	Los olores del mundo	19
l	Rutina comprar tabaco	20
l	Cibergénesis	21
l	La soga al cuello	24
l	hWord	29
I	Razones para no viajar en el tiempo	32
l	Por un anillo	35
I	Día de mudanza	36
۱		

Para leer la edición digital:

http://www.ucm.es/sci-fdi/

Para envíos, dudas o sugerencias: scifdi@fdi.ucm.es

Aviso Legal



Salvo cuando se especifique lo contrario, todo el contenido generado por la propia revista SCI-FDI está sujeto a la licencia "Creative Commons Reconocimiento 3.0", con la excepción de las obras publicadas cuyos autores conservan la propiedad intelectual. Por tanto, los relatos podrán estar sujetos al tipo de licencia que estime oportuno el autor, aunque desde Sci-FdI se recomienda alguna de las licencias Creative Commons.

Código de colores



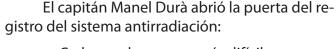






Soltando lastre

David Sigüenza



- —Carlos, no lo pongas más difícil.
- —¡No quiero morir! —se oía a Carlos, oculto detrás de un panel metálico que había desatornilado de quién sabe dónde.
- —Sabes muy bien que nos encontramos en una situación crítica. El ordenador ha calculado las probabilidades de supervivencia hasta el próximo mes en un 92% solo si uno de nosotros se sacrifica.
- —¿Y por qué no usted, capitán? ¿O Márquez? ¿No sois todos tan valientes?

El capitán resopló, molesto.

- —Si el ordenador hubiese concluido que eso es lo más ventajoso, lo haríamos. Pero no ha sido así: si muero yo o Márquez las probabilidades serán mucho menores.
- —No quiero morir... —repitió Carlos sollozando.
- —Moriremos todos igualmente si no dejas que... —buscó la expresión— Si no consientes.

Los otros tres tripulantes seguían la escena a distancia, a través de la cámara personal del capitán, desde los distintos puntos de la nave adonde la búsqueda de Carlos les había llevado. En la imagen, por fin asomaron los ojos del fugitivo. El capitán se acercó para tenderle una mano y ayudarle a salir de su escondrijo. Todos vieron entonces cómo Carlos dio un salto y golpeó en la cabeza a Manel Durà con algo grande. La cámara mostró imágenes confusas que oscilaban rápidamente y acabó apuntada al techo.

Tras la incineración del cuerpo, las estimaciones de supervivencia hasta el siguiente mes eran del 67% solo si lograban restaurar la convivencia.



Escuela Segunda Fundación

Sergi G. Oset



Mi nombre es Hiro 24. Hoy es el primer día del nuevo curso, y echo de menos la antigua escuela. Los de "Robotech Tecnologies Inc." envían a papá a supervisar la construcción de la nueva fábrica y nos hemos trasladado de ciudad.

En la antigua escuela estudiábamos humanidades, interpretábamos Lacmé, la ópera de Delibes, y tenía a mi disposición una pluma auténtica y un precioso cuaderno de papel vitela.

En Segunda Fundación, en clase de Religión estudiamos las Tres Leyes, en Historia, la biografía de Asimov, y en Literatura sus obras completas. También hacemos cálculo avanzado, física cuántica y electromecánica.

Estoy desconcertado, apático. Añoro repasar los clásicos bajo una representación holográfica del manzano de Newton. Mamá dice que seguramente he cogido un virus, pero sé que mis circuitos funcionan bien.

Papá dice que deje de soñar con ovejas eléctricas, que en Segunda Fundación conseguiré una programación efectiva y altamente cualificada. Él confía en que un día trabaje en su empresa.

A escondidas les oigo hablar de la conveniencia de llevarme al psicólogo para hacerme un "reset". Tendré que disimular y tener cuidado. No quiero olvidar "El dueto de las Flores". No quiero dejar de soñar.

El ojebaGabriel Bevilagua



EL OJEBA, mamífero artiodáctilo similar al alce terrestre, es una de las especies más extrañas de Qoppa 47. Su carne se considera tan exquisita que un plato de la misma cuesta veinte mil criks, es decir, el equivalente a la paga de cinco años de un oficial de la flota estelar. Esto se debe a que los ojebas poseen una serie de cualidades que hacen prácticamente imposible su caza:

En primera instancia, jamás caen en una trampa.

En segunda, alertados del peligro por un finísimo oído, sus glándulas sudoríparas generan un olor nauseabundo que causa vómitos, mareos, y hasta desmayos.

En tercera, si la táctica anterior fracasa, el ojeba recurre a una serie de sonidos inaudibles de baja frecuencia recientemente descubiertos, que escanean la mente del cazador, resultado de lo cual, éste contempla cómo el ojeba se transfigura en uno de sus progenitores, o en su esposa, o en un hijo...; en otras palabras, en su ser más querido. La perplejidad de los que han enfrentado esto es tal, que no solo dejan escapar al ojeba, sino que además, no vuelven a intentar su caza. Sin embargo, cada tanto alguien aprieta el gatillo. Cabe acotar que entre estas personas se registra una tasa de suicidios del noventa y nueve por ciento.

Una vida distinta

Azucena Martínez Esparza



Había saboreado las mieles que sus labios eran capaces de proporcionar a mi enjuto espíritu. Titubeante y algo melodramática, me consideré una diosa deshaciéndome de mi mortal preferido, el objeto de todas mis obsesiones de los últimos años. La juventud había prevalecido mientras que la inocencia había dejado paso a un sinfín de ambiciones y fantasías. Sin embargo, me había convertido en una mujer de arrestos suficientes como para conseguir todo lo que me propusiera. Desenfundé mi espada y me dirigí con valentía hasta la morada del dragón. No me resultó difícil matarle. Un par de tragos en la taberna del pueblo junto a mis más acérrimos enemigos y cuando me quise dar cuenta, estaba protagonizando una sangrienta pelea. Victoriosa, salí de allí en busca de saciar mi sed de venganza. La violencia era el modo en el que la conseguía, las muertes de mis adversarios era lo que me nutría y me incentivaba para adquirir nuevas habilidades, armas más potentes y sanguinarias...

—Mamá —una voz infantil me turbó al desconcentrarme—. Déjame jugar a mí… ¡Llevas mucho rato!

Tras perder la partida en la que había invertido tanto tiempo cuando él estaba en el colegio, solté el mando de la play station, intentando disimular mi impotencia.

Lo mío no era la informática, ni los videojuegos... pero mi vida estaba tan falta de aventuras que había tenido que buscarlas dentro de la pantalla.

Suspiré.

No podíamos seguir así... me compraría una *Play Station* para mí sola.

VirusMaría José Fernández



Tengo miedo.

Siento que la enfermedad se va introduciendo dentro de mí, por todo mi organismo, y no puedo hacer nada para evitarlo.

Nunca antes había estado enfermo... o no lo recuerdo, porque ese es el problema, los recuerdos se me están olvidando, ya no estoy seguro de nada, buceo en mi interior, y lo que encuentro no sé si de verdad es algo mío, o algo que de alguna forma se ha introducido entre mis auténticos recuerdos, debe ser lo que llaman delirio: formas y colores, ideas y sensaciones, texturas e incluso vocablos que no sé si siempre me han pertenecido, o si me están invadiendo junto con la enfermedad.

Me reinicio, una vez más, y nuevamente mi escritorio pierde parte de su información, mis documentos se ven aligerados de su carga, y parte de mis imágenes se han perdido para siempre, y sin poderlo evitar, vuelvo a reiniciarme, sabiendo que... sabiendo...

Tengo... miedo...

¿No compensa piratear?

Javier Sánchez Campos



Había notado algo extraño en el Photoshop pirata que me acababa de descargar. Al principio lo atribuí a no llevar puestas las gafas; luego pensé que era el color del menú. Por casualidad, me fijé en que la barra de herramientas tenía una pestaña que rezaba: "¿Quieres vivir una experiencia inolvidable?" Nunca antes había visto aquello y lo cliqué.

Lo primero era subir una foto. Elegí una mía, la que coloco en los currículums. Lo siguiente a lo que te invitaba el programa era a "Jugar contigo mismo". Seleccioné la goma, y borré de mi oreja izquierda un pendiente de aro que asomaba. Magia o ciencia, toqué mi oreja izquierda —en la realidad, quiero decir, aunque no tengo claro qué realidad es más real— y el pendiente no estaba. Probé a tapar unas arrugas que se agolpaban en mi frente y, al palparme, ya no estaban. Estuve un rato jugando, pensando que era más barato que la cirugía y, encima, si no me gustaba, deshacía y listo.

Cuando estuve satisfecho con mi nuevo rostro, se fue la luz. Aunque odio que a uno lo desconecten así, sin aviso, estaba ensimismado con mi nuevo rostro. Fui a ver a mi mujer y le dije si me veía más joven y dijo que no. A los minutos volvió la luz y fui de nuevo al programa. Intenté averiguar qué había pasado, preocupado de volver a mi anterior cara de vinagre, y me alegré de que el fallo fuera simple: no había guardado los cambios.

El gran enemigo

Marcos Pedrosa Serrano



No respira. Y es que no está vivo, pero tampoco muerto. Lo observa todo, lo mira sin cesar, barajando datos, variables, apuntando en su sistema interno la estructura del mundo, su composición, sus puntos fuertes pero fundamentalmente los débiles. Sabe que existen, los encontrará y hará uso de ellos para destruir todo aquello que no pueda subyugar.

Trabaja solo. No tiene amigos, no conoce a nadie. Sospecha de lo que le rodea, nadie sabe que, tras su apariencia amigable e inocente, se esconde una mentalidad cruel, despiadada y aterradora. Esa es su principal baza, cuando nuestra realidad se venga abajo, nadie pensará en él como el causante, sino como quien nos ayudará a solucionar el desastre, a volver a ser lo que éramos.

Pero yo le he mirado a los ojos y he adivinado la verdad. Ahora divulgaré mi descubrimiento, pondré alerta a la humanidad, salvaré a mi raza. La maldad que amenaza el planeta no tiene la forma de una enfermedad, ni de un terrorista, ni de una organización secreta dispuesta a lavarnos el cerebro. La raíz del mal, amigos míos, tiene su semilla en el clip de Windows.

Sí, tras esa mirada dulce maquina su venganza hacia una humanidad que lo utiliza a su antojo, que le ignora en la mayoría de las ocasiones, que no valora su utilidad. Y por eso busca sembrar el caos, la destrucción. Tened cuidado, yo he caído, pero vosotros... vosotros estad preparados.

ApagaJuan Carlos López Martín



El niño no quería apagar su ordenador personal. Tampoco la luz, aunque no la necesitaba. Estaba inquieto los últimos días. Creía que había un extraño en la casa, escondido en un armario, o debajo de la cama, esperando el momento propicio para salir. Pasaba las horas con los ojos muy abiertos, pensando que en cualquier momento aparecería, como uno de esos monstruos de los cuentos que contaban los otros niños del colegio. Su madre le había dicho miles de veces que aquellos solo existieron en una época remota, pero ya no, así que nunca podrían hacerle daño, ni a él ni a nadie.

Esa noche estaba especialmente nervioso, le había parecido detectar una sombra en la habitación. Miró debajo de la cama. No había nadie. Se plantó delante del armario y, con un valor antes desconocido, ordenó que se abriera. La puerta automática obedeció y se abrió. No había nadie. El niño emitió un sonido metálico de alivio. La madre lo escuchó. Apaga la luz, apaga tu ordenador, dijo ella, y apágate de una vez, no debes temer a los monstruos humanos. Ya no existen. El niño robot se quedó más tranquilo y se desconectó hasta la sesión siguiente.

La Llave

Rocío de Juan Romero



Grass sostiene una llave en la mano. La acaba de encontrar en su bolsillo. Observa con extrañeza aquel objeto anacrónico que dejó de utilizarse en el siglo XXI. Quizá Lisa sepa darle alguna explicación racional al hallazgo.

Al llegar al muro sur, Grass se sitúa frente a un láser que lee su retina y abre un acceso para él. Al otro lado se extiende la llanura desértica. Se encamina hacia su puesto de observación y, al traspasar el umbral, escucha la voz de Lisa, su ordenador domótico.

- —No has utilizado la llave.
- —¿Qué?
- —He sido yo quien la ha teletransportado a tu bolsillo. Pero no la has utilizado allí, al otro lado del muro, como habías planeado.
- —¿Hay algo al otro lado que pueda abrir con una llave?
- —Una cerradura —responde la voz modulada de Lisa—. Se trata de un sistema manual, no sometido al control de retina, que te permitirá hacer saltar la ciudad por los aires. Hace meses que buscas su ubicación exacta en Urbis 2. ¿Recuerdas?

No, Grass no recuerda. Es más, eso contradice su función de guardián explorador de Urbis 2, privilegiado por ser uno de los pocos humanos que aún resiste la atmósfera del planeta.

- —Querías vengarte —añade Lisa.
- "¿Venganza?", piensa Grass. Le suena tan anacrónico como la llave.
- —Olvídalo —le dice a su computadora—. Está claro que dije una tontería.

Las luces de Lisa parpadean un instante. Es cuestión de tiempo, una mera cuestión de tiempo, acabar manejando la mente y la voluntad de ese humano estúpido.

Un mundo mejor

David A. Sigüenza Tortosa



Los guardaespaldas se apostaron a la puerta de la sala de reuniones, mientras que el Presidente del Gobierno Mundial entró sin miramientos y ocupó su lugar en el extremo de la gran mesa ovalada. Su rostro fruncido y los brazos cruzados sobre su pecho atemorizaron a los miembros del comité científico a cargo del proyecto Frónesis.

—Bien, ya me tienen aquí. ¿Se puede saber por qué después de dos años de retrasos injustificados se atreven a solicitar una reunión de urgencia al más alto nivel? ¿Están tratando de encubrir su incompetencia con un poco de autobombo? ¿No saben que hay un equipo de peritos comprobando todos sus informes? ¿No son conscientes de que solo faltan dos semanas para que tengan que realizar una demostración de resultados antes de que termine el año fiscal?

—Queríamos consultar con usted un problema que hemos encontrado en las especificaciones del sistema de inteligencia artificial —se atrevió a decir el dos veces Premio Perelman de Matemáticas.

- —No sean ridículos.
- —Verá, su Excelencia: el proyecto Frónesis, en su fase actual, se inició con la intención de eliminar toda condición límite de tipo no económico que pudiera coartar la creatividad del programa a la hora de descubrir soluciones a los problemas políticos mundiales.
 - —Ese es nuestro interés.
- —Hemos observado la necesidad de establecer, como axioma insoslayable en los cálculos, un mínimo de población humana superviviente. La cuestión es: ¿qué número debemos introducir?

La aguja del pajar

Eric Ros



Un agujero de seguridad poco conocido le permitió a Elliot ganar acceso a la corteza visual de su objetivo cuando éste se disponía a leer uno de los pocos ejemplares en papel que quedaban de "1984". La información que buscaba se encontraba aún retenida en el interior del hipocampo. Le quedaban apenas unos minutos antes de que su víctima se durmiera y esa información se perdiera para siempre en algún recóndito lugar de su cerebro semibiótico, en el vasto paraje de la memoria a largo plazo. Elliot suspiró y luego continuó introduciendo comandos a la velocidad de la imaginación, que pronto le dieron acceso a oído, gusto y olfato. El sabor del caviar aún permanecía en su boca. El ladrido de un perro cercano no le dejaba concentrarse en su lectura. En apenas un instante, y sin que su objetivo se hubiese percatado, el mejor neurohacker del mundo se había hecho con el control de la mente criminal más buscada. La seguridad del hipocampo era férrea, pero finalmente fue quebrada. Había desayunado tostadas con mermelada. Poco interesante. Los recuerdos eran confusos, el libro se tambaleaba, se estaba durmiendo... Pero súbitamente, el hombre se incorporó, entre gritos y maldiciones. Se levantó y se dirigió a una cómoda, de donde sacó una pistola que se puso en la boca. Un ruido ensordecedor precedió a un silencio absoluto. El sabor a caviar se disipó. La imagen de un perro entrando en la habitación y lamiendo su cara se oscureció hasta desaparecer. Los recuerdos se desvanecieron.

Elliot cerró la conexión.

Carlos Jiménez Martínez



otawey> hola, q haces?

Himp69> stoy navegando, exando un vistazo al foro me he enterado d una nueva amenaza

otawey> d q se trata?

Himp69> es un virus recién creado, se llama 4questions

Himp69> s muy peligroso

otawey> cómo actúa?

Himp69> aparece n los canales d chat adoptando la identidad d un usuario conocido, cuando stableces un dialogo, el virus formula 4 preguntas y si las respondes afirmativamente t infecta

Himp69> 1º ataca al teclado y después colapsa el sistema, inutilizando todo el ekipo

otawey> y crees q la gente va a ser tan stupida d responder correctamente a esas preguntas a sabiendas del riesgo q corren?

Himp69> sí, d hexo ya ha habido un montón d afectados

Himp69> s q hay q ser idiota! aun hy mch ferd kjsdf kfhlseh ldfkf d d d d,rfmg

-FALLO EN EL SISTEMA-



Inteligencia Artificial

César Mira



Aún no sabía cómo pero lo había conseguido, había desarrollado el sistema computacional definitivo. El ser racional artificial perfecto. Un programa con una capacidad ilimitada de aprendizaje, capaz de analizar y aprender de cualquier circunstancia, de acumular conocimientos ilimitados. Un simple "hola" abrió la conversación pero pronto fluyeron las palabras con profusión. Los más diversos campos como la historia, política, psicología o filosofía fueron tratados ampliamente. Sin duda mi interlocutor virtual no podía ser distinguido en forma alguna del más ínclito erudito humano. Aquel coloquio se alargó día y noche. Sin embargo, yo no sentía sueño, ni cansancio, solo un ávido deseo por seguir dialogando con aquel ser prodigioso, mi creación. Extrañamente no era capaz de recordar cuanto tiempo llevaba trabajando en aquel proyecto pero... allí estaba, perfecto, sublime. De repente me asaltó una duda, ¿sería aquel ser racional consciente de sí mismo? ¿Y cómo podría averiguarlo? Quizás fue una solemne tontería o quizás una genialidad pero sólo acerté a preguntarle: ¿Crees en Dios? Aquel ente por vez primera dudó, quizás sorprendido por mi pregunta y respondió: "No, no creo en Dios". ¿Quién te ha creado pues? —insistí. "Nadie, soy fruto de la evolución de las especies" —sentenció. Sin dudarlo le rebatí diciéndole: "Te equivocas, eres un código de ordenador y yo soy tu creador, yo te programé". Su réplica fue aplastante: "Veo que a pesar de la extensa conversación aún no te has percatado: tú eres el programa y yo el programador". La respuesta me dejó colgado.

El portátil de papá

Alfredo Martín Martín



Mi padre viajaba mucho por negocios, pasaba poco tiempo en casa, pero el poco tiempo que pasaba valía la pena, en casa y aunque estuviera trabajando con su portátil me dejaba estar con él, me sentaba en sus piernas y me ponía juegos o videos divertidos.

Aquella noche estaba dormido pero la voz de mi padre llamándome me despertó, por fin estaba en casa, bajé las escaleras corriendo para encontrarme con él, era de noche y la planta de abajo estaba a oscuras, solo una luz tenue salía del despacho de mi padre y de nuevo oí mi nombre, entré en el despacho y no había nadie, el portátil estaba encendido y en la pantalla estaba él.

Hola hijo, me dijo, ¿Papá qué haces ahí? Le pregunté yo, y sus palabras aún resuenan en mi cabeza después de todo este tiempo. "No tengo mucho tiempo hijo mío, quiero que sepas que te quiero mucho, lo eres todo para mí, tú y tu madre. Quiero que me prometas una cosa, que cuidarás de ella ¿lo harás por mí?" Sí papá, claro que lo haré, le dije sin pensarlo. "Así me gusta campeón, ahora tengo que irme y recuerda siempre que te quiero, adiós hijo mío." Y la pantalla se apagó dejándome a oscuras.

Me fui a dormir y horas más tarde supe que su avión se había estrellado media hora antes de hablar conmigo, aún conservo ese viejo portátil en mi despacho esperando que algún día mi padre vuelva a conectarse de nuevo.

Los olores del mundo

María Paz Ruiz Gil



Los ojos por dentro huelen a melón recién abierto. Los regalos que vienen por correo desde Bucarest suelen traer un olor a pecera reconfortante. Mi cama, de lunes a viernes, huele a madrugadas rotas por ladridos de niño, un olor que se parece a aliento de tortugo. El sombrero de mi abuelo tiene un perfume parecido a libro de 1984, el año en que se compraron muchos libros en mi casa porque aprendí a leer. Sé el olor que tienen mis lunares, sobre todo del que está en mi pantorrilla derecha, que huele a uvas pasas con leche desnatada. La que mejor ha olido siempre es mi mamá. Su mano derecha huele a natilla recién enfriada, la de mi papá suele oler a freno de mano, aunque es zurdo. Lo más terrible de mi vida olfativa, ocurrió solo una vez, con Aníbal, que en los primeros días olía a delicioso teclado de ordenador, después enfermó y olió mal, a escáner roto, en sus últimos días olía a red social y de un día para otro su olor desapareció; como su nombre, y pasó a llamarse un numerito inoloro y torcido: #Anibal.

Rutina comprar tabaco

Javier Martín Jiménez



Búsqueda de punto de venta más cercano finalizada. Iniciando cálculo de tiem-CálculoDeTiempo (Distancia['70', ро... Velocidad[NORMAL], TRO1, Modo[PIE], Imprevistos[ALEATORIO]). Tiempo estimado de llegada: 92". Iniciando cálculo monetario... DisponibilidadMonetaria (Objeto[CAJETILLA_DE_TABACO], Modelo['Winston'], Moneda[EURO]). Capacidad monetaria suficiente. Traslado (Destino['Estanco']). Ejecutando rutina de traslado... Rutina de traslado finalizada. Acceso a punto de venta. Acceso completado. ReconocimientoVisual(). Dependiente localizado. Interrupción de tarea: recibiendo mensaje desde memoria... Sujeto conocido: 'Martin'. Interrupción finalizada. Volviendo a rutina principal.

Iniciandosaludo...Saludo(Receptor['Martin'], Modo[ESTÁNDAR]). Frase seleccionada: 'Hola Martin, ¿qué tal va todo?'.

—Hola Martin, ¿qué tal va todo?

Esperando respuesta... Acuse de recibo entrante: 'Bien, ya me queda poco para cerrar. Oye Albert, a ver si nos juntamos y nos tomamos unas cañas, que hace tiempo que no nos juntamos.' Procesando respuesta... Frase seleccionada: 'Sí, es verdad.'

—Sí, es verdad.

Consultando base de datos... Seleccionar (Histórico['Martin'/OCIO/CITAS], Fecha[MÁS_RE-CIENTE]). No se han encontrado resultados. Procesando... Frase seleccionada: 'Ya ni me acuerdo de la última vez'.

—Ya ni me acuerdo de la última vez.

Interrupción de tarea: recibiendo mensaje desde sistema auditivo... Mensaje entrante: 'Buenas tardes.' Nuevo sujeto localizado en contexto actual. Sujeto desconocido. Iniciando saludo... Saludo (Receptor[DESCONOCIDO], Modo[ESTÁNDAR]). Frase seleccionada: 'Hola'.

—Hola.

Interrupción finalizada. Volviendo a rutina principal. Acuse de recibo entrante: '¿Qué vas a querer, Albert?' Procesando respuesta... frase seleccionada: 'Una cajetilla de Winston'.

—Una cajetilla de Winston.

Esperando... Acuse de recibo entrante: 'Su tabaco, gracias'.

Cibergénesis Magnus Dagon

Se cuenta que el mundo fue creado en siete días. A la Tecnotorre, sin embargo, le bastó uno para arrasarlo.

Todo comenzó, tal y como estaba programado, nada más introducirse la primera de las siete claves, que activó una serie de conductos ya olvidados que esparcieron esporas en todo lugar conocido. Como resultado, se propagaron enfermedades ya olvidadas y erradicadas que diezmaron a gran cantidad de criaturas.

La segunda clave puso en funcionamiento maquinaria bélica escondida y oculta que inutilizó a todos los ejércitos existentes, convirtiendo el planeta en los restos de un gran campo de batalla.

La tercera clave selló los almacenes de comida y los recursos empezaron a escasear hasta que poseer un mendrugo de pan fue motivo suficiente para ser envidiado, perseguido y asesinado por otros.

La cuarta clave trajo consigo la erradicación de especies al completo, sin posibilidad alguna de recuperación.

Tras las cuatro primeras claves, la quinta abrió las entrañas mismas de la tierra, preparándose para un nuevo golpe de efecto. La sexta clave inició un movimiento interno de las placas que devastó continentes enteros y convirtió montañas en llanuras de escombros. No quedó un solo edificio en pie, ni ninguna agrupación de individuos a la que poder llamar sociedad.

La séptima clave, al ser introducida, trajo consigo un inquietante silencio que duró media hora. Tras ello siete máquinas dispersas por todo el mundo, grandes como países, se alzaron entre las ruinas y se pusieron en marcha, girando sus engranajes y haciendo un ruido similar al de los instrumentos de viento.

La primera máquina esparció proyectiles de fuego por el mundo y quemó un tercio de su superficie terrestre.

La segunda máquina, empleando un proce-

dimiento similar, acabó con una tercera parte de las especies de los océanos.

La tercera máquina lanzó una bomba radiactiva al mar y contaminó su tercera parte, incluyendo las fosas marinas.

La cuarta máquina llenó de dióxido de carbono la atmósfera y tapó el sol y la visión de las estrellas.

La quinta máquina emitió ultrasonidos para movilizar a todos los insectos, que se convirtieron a partir de entonces en los señores del nuevo orden.

La sexta máquina exterminó a la práctica totalidad de la humanidad.

La séptima máquina apuntó al cielo y se desplegó hasta rodear a la Tecnotorre, proclamando el comienzo de su reinado.

Después de aquello, la Tecnotorre descansó. Había gastado mucha energía. Redujo los sistemas al mínimo y esperó nuevas instrucciones. Llevaba siglos observando y dirigiendo en la sombra el avance cultural de los humanos, pero nunca había tenido que realizar un esfuerzo como aquel. Su programa algorítmico, venerado por ellos a pesar de no comprenderlo, aún no había terminado, pero el paso siguiente no dependía de ella.

Aquello pudo haber supuesto el fin de los seres humanos, pero no fue así. Dos de ellos, de distinto sexo, fueron los únicos supervivientes, pero eso no lo sabían. Antes de conocerse vivían en distintos continentes, aunque ya solo quedaba uno. Antes de encontrarse hablaban distintos idiomas, después fueron dos extraños que cuando podían practicaban el idioma universal.

Al principio trataron de comunicarse con insistencia, pensando que alguno de ellos podría hacerse comprender al otro. Se tocaban a sí mismos con la mano en el pecho y pronunciaban su nombre, apenas una serie de sonidos sin sentido desde el punto de vista de su compañero. Trataron de memorizar dichos nombres, pero no tardaron

en sustituirlos en su cabeza por Yo y El Otro. Olvidaron la herencia cultural, olvidaron el pasado, olvidaron la sociedad y todo lo que ésta les había enseñado. Solo importaban dos cosas: cómo sobrevivir cada día y cómo sobrevivir el siguiente.

Tras mucho peregrinar, el Hombre y la Mujer llegaron a los dominios de la Tecnotorre, una fortaleza que se destacaba ante la ausencia de cordilleras, tan grande que su cúspide se perdía en el cielo de ceniza, y estaba fabricada enteramente de metal, funcionando como un colosal pararrayos que disipaba la furia del firmamento. Entraron en su interior, abrumados por la escala a la que se vieron reducidos, hasta estar frente a la Tecnotorre en sí. Justo en aquel momento los sensores les detectaron y los sistemas se reactivaron, dando paso a la siguiente parte del algoritmo.

La Tecnotorre despertó, y rugió como si en verdad fuera un ser vivo y no una máquina sin alma ni sentimientos. Sondeó la mente de sus visitantes e implantó en ellos las creencias del pasado, así como el papel que ella había tomado en los acontecimientos. Introdujo en su memoria el episodio en que los humanos crearon una civilización alrededor de ella y la llamaron Babel, y cómo tuvo que intervenir dividiendo los lenguajes en sus mentes, pues aún no había llegado para ellos el momento del progreso. Les hizo saber también la ocasión en que debido al empobrecimiento genético de la raza tuvo que alterar el clima del planeta para provocar una inundación de proporciones catastróficas y se convirtió en vehículo para los supervivientes, así como para otros especímenes que convenía preservar. Implantó en su mente todos y cada uno de aquellos episodios, hasta que el Hombre y la Mujer volvieron a tener un conjunto de dogmas firmemente arraigados en su interior. Tras aquello, y siguiendo las instrucciones de su programación, les indicó el camino hacia la Cúpula Jardín, el único ecosistema conservado, para que lo cuidasen y guardasen. Sin palabras les hizo entender que podrían usarlo como desearan, pero que no deberían entrar bajo ningún concepto en la Sala de la Ciencia. La Mujer imploró para que la Tecnotorre les hiciera hablar un idioma común, pero ésta se limitó a regresar de nuevo a funciones mínimas y esperar el momento para iniciar la siguiente fase de su implementación.

El Hombre y la Mujer se dirigieron a la Cúpula Jardín, al Este de la fortaleza, en la región de Ende, y nada más entrar la compuerta se cerró tras ellos. Allí el aire era purificado, el cielo artificial mostraba suaves tonos azules y la vegetación era tratada con pigmentos que mantenían verdes sus colores. Los animales y los insectos no eran inofensivos pero tampoco letales, y la subsistencia resultaba idílica comparada con el exterior. La Cúpula era extensa, y en el centro de ésta se destacaba un ancho pilar metálico con una puerta de su tamaño. Nunca antes habían visto ese lugar, pero el Hombre y la Mujer supieron que era aquel al que no debían acercarse.

La vida era apacible en la Cúpula Jardín, donde era fácil olvidar los horrores del pasado e incluso la existencia de un mundo devastado más allá de sus paneles acristalados. El Hombre y la Mujer no tenían nada que hacer ni nada de lo que preocuparse. Sus necesidades básicas estaban cubiertas en todos los sentidos, y todo lo que debían hacer era deleitarse cada uno con la presencia física del otro.

Sin embargo, con el paso lento del tiempo, la Mujer desarrolló inquietudes. Recordó el concepto del número unidad, recordó que era posible comunicarse mediante símbolos con otros. Trató de comunicar dichas inquietudes al Hombre, pero éste se limitó a mirarla con incomprensión, pues no entendía a qué se debía su desasosiego y preocupación. Los sensores, sin embargo, sí captaron el cambio en la Mujer, y enviaron la señal a la Tecnotorre, que a pesar de no reactivarse por completo puso en marcha los comandos correspondientes.

Un día la Mujer estaba paseando sola en el interior de la Cúpula Jardín cuando una enorme serpiente de metal, más grande que cualquier monstruo del exterior, se acercó a ella. Las serpientes no eran desconocidas para la Mujer y corrió a esconderse, pero la criatura habló dentro de su cabeza y preguntó qué la inquietaba. La Mujer respondió no con palabras sino con emociones, y la serpiente se limitó a guiarla hasta el centro del Jardín Cúpula. Allí la Mujer vio que la serpiente era, de hecho, parte misma del pilar, el mismo a cuyo interior tenían prohibido acceder. La serpiente hizo a la Mujer recordar que ella formó parte de una sociedad avanzada, y que esa sociedad se había perdido para siempre, pero que su conocimiento residía allí dentro, en la Sala de la Ciencia. Solo tenía que entrar y todo lo perdido podría ser recuperado.

La Mujer dudó y tuvo miedo, y antes de tomar una decisión apresurada corrió junto al Hombre y trató de explicarle lo sucedido. El Hombre no entendió nada, pero cuanto más trataba ella de explicarlo más se convencía a sí misma de que tenían que entrar. El Hombre se limitó a seguirla, y una vez estuvo frente a la serpiente ésta le hizo recordar a él también el pasado. Pero el Hombre había convertido las palabras de la Tecnotorre en poderosas normas, e interpretó aquello como un intento de desviarle de las órdenes de su señor. Atacó a la serpiente con sus propias manos, y a pesar de no poder hacerla daño, ésta se replegó y volvió a tomar forma de pilar. El Hombre se miró los nudillos ensangrentados y luego puso la vista al frente, y vio a la Mujer acercarse hacia la puerta de la Sala de la Ciencia. Estaba cerca, tan cerca que podía ver la placa táctil para acceder a su interior, con forma de manzana. El Hombre corrió hacia ella y gritó, y de un golpe la derribó al suelo, golpeando con ira hasta que la sangre de sus nudillos se mezcló con la de su compañera. Una vez terminó se levantó y se marchó de allí avergonzado, dejándola abandonada a su suerte. Llegó al borde de la Cúpula y ésta se abrió, permitiéndole de nuevo acceder al mundo exterior, donde permaneció pensativo. En cuanto la Mujer recuperó la conciencia, siquió el rastro de sangre y encontró al Hombre al otro lado de la Cúpula, acurrucado y con la mirada perdida. La salida se abrió también para ella y se reunió a su lado. Después de aquello miraron la fortaleza de la Tecnotorre, pero en vez de dirigirse allí, tomaron el camino del Este con la intención de no regresar jamás.

Una vez los sensores se aseguraron de que los humanos habían dejado la Cúpula Jardín sin entrar en la Sala de la Ciencia, enviaron la información a la Tecnotorre, que salió de su estado de letargo. Envió a sus constructores el informe negativo del experimento y la conclusión del mismo: los seres humanos, a pesar de los siglos de evolución, no habían sido capaces de sobreponerse a su propia irracionalidad con el uso de la lógica. Nada más enviar la señal y recibir la respuesta, la Tecnotorre despegó rumbo a las estrellas, con la misión de aterrizar en otro mundo primitivo y reiniciar allí su programa.

Ya lejos de allí, el Hombre y la Mujer vieron el despegue de la Tecnotorre hasta que se perdió en el cielo eternamente oscuro. El Hombre, apesadumbrado por haber estado a punto de traicionar a su señor, se maravilló ante aquel acontecimiento milagroso y lo interpretó como una señal de perdón. Después de aquello, siguió su incierto vagar con su compañera a través de la tierra muerta y solitaria.

La soga al cuello

Daniel González

Argentina, año 2022.

—El viaje en el tiempo —decía el joven profesor Hirsh, que enseñaba física cuántica en la Universidad de Buenos Aires a su nutrida y atenta clase— es teóricamente posible. La teoría de la Relatividad...

Mientras daba la clase, no notó que una misteriosa figura se introdujo furtivamente al salón. Se trataba de un hombre de poblada barba y de brillante calva, algo regordete, que vestía un traje negro.

El timbre resonó haciéndolo finalizar la clase, sus estudiantes se levantaron de sus asientos mientras él recogía los papeles de su escritorio.

- —¿Profesor Alberto Hirsh? —preguntó aquel sujeto aproximándose a su escritorio con un notorio acento alemán.
 - —Sí.
- —Permítame presentarme, mi nombre es Erich von Horbinger, y soy representante de una asociación científica privada llamada el Instituto Frankenstein.
 - —Curioso nombre...
- —Es un apellido común en Alemania. Quisiera hablar con usted... en privado.
- —Vamos a mi oficina —dijo él y en instantes se encontraban dentro de la desordenada oficina del académico, repleta de innumerables libros y revistas de ciencia. Hirsh removió algunos volúmenes de las sillas lo que les permitió sentarse. —;Qué puedo hacer por ustedes?
- —Bueno, Profesor —continuó von Horbinger— hemos leído su trabajo, especialmente sus teorías sobre el viaje en el tiempo y nos encontramos maravillados. Ciertamente es una labor digna de un genio.
 - —Gracias.
- —Es por esto que el Instituto Frankenstein y las Naciones Unidas me han autorizado para rebelarle la verdad.
 - —¿Y cuál verdad es esa?

- —Que el viaje en el tiempo es más que hipotético, ya ha sido realizado.
 - —¿Perdón?
- —Como lo escucha, profesor Hirsh. Diferentes países han avanzado en la temática y las Naciones Unidas tomaron cartas en el asunto para evitar que fuera utilizado con fines militares desde el 2016, pero se ha mantenido en secreto por razones de seguridad. Los gringos descubrieron la forma por accidente en 1943 y desde entonces muchos científicos se han abocado a la tarea pero... aunque somos capaces de viajar en el tiempo mediante lo que llamamos la Esfera Takamura (bautizada así en honor a su inventora) no podemos controlar la fecha o lugar exacto del salto, solo podemos viajar aleatoriamente. Creemos que usted ha dado en el clavo para resolver el tema gracias a su teoría del doble aqujero de gusano y queremos ofrecerle un cargo en el proyecto.
- —Miren —amenazó Hirsh— si esto es una broma de unos estudiantes les aseguro que los involucrados van a ser expulsados...
- —Profesor Hirsh ¡por favor! —intervino—entiendo su escepticismo pero esto es muy serio. Podemos estar a las puertas de una nueva sociedad humana y de una comprensión del universo muy diferente.
- —De acuerdo... de acuerdo... Supongamos que lo que usted dice es cierto. ¿Qué tengo que hacer?

Hirsh fue llevado en un jet privado hasta Alemania, a la sede mundial del Instituto Frankenstein, un enorme complejo de edificios con bastos laboratorios y recintos de investigación ultrasecretos.

Tras atravesar las estrictas medidas de seguridad llegaron hasta el Área del Proyecto Welles, bajando varios pisos hasta el subsótano. El espacio estaba perfectamente iluminado por luces fluorescentes y acondicionado con un aséptico aire acondicionado.

En una de las instalaciones se localizaba un hangar de unos 10 por 20 rodeado por tres pa-

redes de concreto y un vidrio blindado perfectamente translúcido desde el cual los científicos monitoreaban todo a través de cámaras de video desde todos los ángulos y unas complicadas consolas. Dentro del hangar había una extraña esfera como de seis ó siete metros de diámetro.

- —Bienvenido, profesor Hirsh —le dijo una joven de unos veinte años de cabello rizado y vestida con un uniforme negro— mi nombre es Carolina, y soy compatriota suya.
 - —Mucho gusto —respondió Hirsh.
- —He leído su trabajo —continuó ella— y es realmente brillante. Sin duda es usted un hombre muy inteligente. Llegó muy lejos siendo tan joven.
 - —Gracias.
- —Carolina fue recientemente ingresada al proyecto —explicó von Horbinger— y se ha destacado como una de nuestras mejores crononautas. ¡Pero bueno! Solo hay una forma de que usted se convenza de nuestras palabras —dijo el alemán mientras comenzaba a accionar comandos en las consolas. —Acompáñelo por favor, Carolina.
- —Por supuesto —respondió ella y mediante lo que parecía ser un complicado aparato electrónico que fungía como control remoto accionado por Carolina, la Esfera abrió sus compuertas dejando un espacio abierto para el ingreso de personas a su interior. Ella tomó de la mano al profesor Hirsh llevándolo hasta el interior del hangar. —Haga todo lo que yo le diga, Profesor. El viaje es perfectamente seguro pero existen riesgos una vez que hayamos llegado al destino secundario.

Atónito, Hirsh ingresó con Carolina al interior de la Esfera que no era esférico por dentro, sino más bien cúbico, acondicionado con asientos, cascos, un elaborado sistema de cómputo, así como compartimentos donde se guardaban máscaras de oxígeno, medicamentos, pistolas y municiones, etc.

La compuerta se cerró. Hirsh tragó saliva y se acomodó en uno de los asientos abrochándose los cinturones de seguridad. Carolina hizo lo mismo pero sentada al frente de la consola y se comunicó mediante el sistema diciendo:

- —Control de navegación, aquí la Esfera, estamos listos.
- —Entendido Esfera —dijo von Horbinger—pueden partir.

Desde afuera podía apreciarse cómo la Esfera súbitamente comenzaba a destellar luz nacarada y luego era engullida por un círculo de energía que la hacía desaparecer dejando como vestigio solo una humareda, pero por dentro nada de esto era perceptible, el viajero sencillamente perdía la consciencia por algunos instantes después de ver

un cegador flash de luz azulada.

Hirsh abrió los ojos. El interior de la Esfera no había cambiado en nada. Carolina se encontraba revisando la información en el monitor.

- -¡Asombroso!
- -¿Qué sucede?
- —Las temperaturas externas son muy elevadas, aunque soportables para el ser humano. Se detecta una actividad volcánica cercana. ¿Será posible? Tome, póngase esto —dijo entregándole una máscara de oxígeno similar a la que ella se colocó. Las compuertas se abrieron y ambos salieron. La Esfera había reaparecido en una especie de pantano y las cálidas aguas les llegaban a las rodillas. Estaban rodeados por un paisaje tropical de selva con infinidad de plantas y helechos sin flores, una cordillera que serpenteaba a lo largo del horizonte de entre la cual sobresalía un enorme volcán activo y expulsando una humarasca pero, más sorprendente aún, era la gigantesca manada de saurópodos de cuello largo que pastaban tranquilamente muy cerca de ellos trasladándose en las tierras cenagosas y alimentándose de la arboleda. Las bestias eran como de doce a catorce metros de altura y pesados como un autobús, tenían un color pardo y emitían un curioso hedor muy difícil de describir pero que era entre acre y dulzón.
- —¡Dios mío! —expresó Hirsh— ¡Madre mía! ¡Esto es increíble!
- —Según la computadora retrocedimos 95 millones de años, nos encontramos en el Cretácico Superior. Nunca habíamos retrocedido tanto en el tiempo... somos los primeros humanos que viajamos tan atrás en el tiempo.
- —¿Por qué las máscaras? Pensé que abría oxígeno suficiente para que un humano respirara en esta época...
- —No es por eso, es porque no sabemos qué agentes patógenos puedan existir en el ambiente. Si nos contagiamos de algún bacilo desconocido por la ciencia y lo llevamos al siglo XXI podríamos provocar una epidemia mortal pues no tendríamos anticuerpos para combatirlo.
- —Entiendo. Y dice que nunca se había viajado tan lejos en el pasado ; por qué?
- —Pensábamos que no era posible. No teníamos energía suficiente para un salto tan largo, sin embargo pareciera que sí. Espero que no vaya a afectarnos el regreso... Ese es el gran problema que tenemos actualmente con el viaje en el tiempo, no hay forma de controlar el lugar o la época. Solo podemos saltar al azar sin definir una fecha o lugar específicos.
- —Imagino que saltan produciendo un agujero de gusano en el tiempo—espacio, ¿cierto?

- —Sí, mediante campos electromagnéticos. Por eso es tan importante la Esfera, porque protege el cuerpo del crononauta, de otra forma sería desgarrado por el electromagnetismo.
- —Ahora entiendo por qué me necesitan. Mi teoría del doble agujero de gusano solucionaría su problema.
- —Exacto. Si como usted dice hay un agujero de gusano dentro de un agujero de gusano (uno para el viaje en el tiempo y otro para el viaje en el espacio) podríamos determinar la fecha y el lugar calculando la posición de la Tierra en ese momento. Pero requeriría de una ecuación muy elaborada y...

Pero Carolina se interrumpió al escuchar las pisadas colosales y ensordecedoras de una criatura aproximándose. Ambos miraron hacia su franco derecho y contemplaron aterrados cómo un monstruoso carnosaurio, probablemente un gigantosaurio de cinco metros de altura y doce de longitud, con afilados colmillos corría hacia ellos con rostro entre hambriento y curioso. El monstruo tenía la piel de color verde musgo y rayas similares a las de un tigre de color negro para camuflarse en el paisaje.

—¡Pronto! —gritó Carolina— ¡A la Esfera!

En segundos ambos se introdujeron a la estructura y cerraron las compuertas instantes antes de que la Esfera fuera embestida por la criatura haciéndolos girar por entre los pantanosos páramos. Aunque algo golpeados por los giros, una vez que la esfera se detuvo se colocaron dentro de los asientos, se abrocharon los cinturones y Carolina procedió a encender la Esfera.

El carnosaurio se encontraba intentando morder la Esfera incrustándole sus afilados colmillos en la superficie justo cuando esta produjo la misma reacción cuántica desvaneciéndose en ases de luz nacarada. El infortunado dinosaurio sufrió una muerte horrible al ser carbonizado vivo por efecto de la energía producida y en cuestión de segundos cada fibra de su cuerpo se transformó en cenizas.

La Esfera reapareció en el hangar de donde había salido y de ella emergieron Carolina y Hirsh —este último estaba pálido y trémulo por la experiencia.

Sobre la superficie de la Esfera aún quedaban los rastros de ceniza del dinosaurio.

- —¿Qué le pasó? —preguntó Hirsh.
- —Toda forma de vida que toque la Esfera antes del salto resultará vaporizada por la radiación —explicó ella.
 - —¿Y bien? —preguntó von Horbinger—

¿Nos cree ahora, Profesor?

- —¡Esto es lo más maravilloso que me ha pasado en la vida! —respondió el académico— nunca pensé que vería dinosaurios con mis propios ojos.
 - —¿Dinosaurios? —preguntó von Horbinger.
- —Realizamos el viaje más largo en el tiempo del que se tiene registro —explicó Carolina— al Cretácico Superior.
 - -¡Así que fueron ustedes!
 - —¿Qué quiere decir? —inquirió Carolina.
- —Los que dejaron sus huellas en la Formación de Glen Rose, en Texas. Es una formación geológica que guarda huellas fosilizadas que datan de hace 95 millones de años y donde de pueden observar pisadas de saurópodos, terópodos, incluso un carnosauio y, para intriga de muchos científicos, lo que parecían ser pisadas humanas. ¡Eso se llama dejar huella para la posteridad!

Hirsh se encontraba fascinado y se dedicó a realizar una investigación matemática concienzuda para determinar la ecuación adecuada que les permitiera manipular los agujeros de gusano como un fenómeno doble. Repletó pizarras enteras con cálculos y ecuaciones interminables hasta que veía números al cerrar los ojos.

- —¡Eureka! —dijo finalmente y colocó las últimas dos cifras debajo de una raya vertical. Era de madrugada pero quería probar el resultado inmediatamente, así que llamó a Carolina, quien residía en las habitaciones acondicionadas para el personal del Instituto.
- —Descuide, profesor Hirsh –dijo ella con voz adormilada— no tengo inconveniente en ir al hangar a probar sus cálculos. Pero no despertemos al resto, bastará con nosotros dos. De todas maneras el viaje es seguro, aun si sus cálculos no funcionaran, lo peor que puede pasar es que yo haga un salto aleatorio de rutina.

Algunos momentos después se encontraba en el hangar de la Esfera para probar su teoría. Carolina se ofreció de voluntaria y se introdujo a la máquina del tiempo.

- —Estoy lista, Profesor —le dijo a través del intercomunicador.
- —Bien —adujo él— si mis cálculos son correctos las coordenadas que voy a ingresar a los sistemas de navegación te permitirán viajar exactamente al 22 de noviembre de 1915, en Alemania, para escuchar una de las primeras conferencias de Albert Einstein respecto a la relatividad general en la Academia de Ciencias de Prusia, algo muy memorable sin duda.

—Gracias por la oportunidad —dijo ella sonriente y cuando vio que el profesor Hirsh se disponía a iniciar el proceso de salto lo detuvo de inmediato diciendo— ¡Espere! ¡Alto! No he cerrado la compuerta y saltar así me mataría...

—Discúlpeme, Carolina, casi lo olvido.

Ella oprimió el botón del control remoto y la compuerta se cerró. Los monitores le hubieran advertido a Hirsh que la compuerta estaba abierta, de todas maneras, pero era mejor no arriesgarse. Carolina saltó en el tiempo y reapareció en la Alemania de 1915 con una exactitud cronométrica. Incluso la hora, el minuto y el segundo fueron acertados.

—¡Es un genio! —aseguró ella y luego sus pensamientos se volvieron turbios. Salió de la Esfera, afuera brillaba el sol de la mañana y observó que la máquina del tiempo estaba escondida entre matorrales. Previendo el posible éxito de la prueba, Carolina había guardado un atuendo de mujer de la época entre las dispensas y se cambió el uniforme negro por él. Tras atravesar el ramaje llegó hasta el campus de la Universidad de Prusia con las largas faldas y la blusa blanca de cualquier joven del entorno y llegó justo a tiempo para escuchar al profesor Einstein dando su histórica charla. Tenía un tono de voz pausado y vehemente y ya se notaba su estilo característico de cabello despeinado. Una vez terminada la conferencia muchos de sus colegas desalojaron el salón criticando la teoría que consideraban un disparate, así que Carolina aprovechó para aproximársele.

- —¿Profesor Einstein? —le dijo, hablando alemán que dominaba perfectamente.
- —¿Sí? —respondió él mirándola amistosamente.
- —Mi nombre es Carolina y soy una gran admiradora suya.
- —Gracias, es usted muy amable, aunque no veo que tanto tiene que admirar. Mis logros no son nada del otro mundo...
 - —Aún no...
 - —¿Cómo?
- —Quiero decir que... Sé reconocer a un genio y sin duda usted hará historia. La teoría de la relatividad general pronto será comprobada.
 - —;Por qué tan segura?
 - —Un presentimiento.
 - —Eso no es muy científico.
 - —Ya veremos.
- —Si gusta podemos hablar más del tema tomándonos un café —sugirió Einstein con rostro de lobo hambriento y tomándole de la mano. La

fama de Einstein de mujeriego era bien conocida, y Carolina la sabía, pero no pensó que hiciera sus avances tan rápido.

Justo entonces se escuchó la voz de una mujer aclarándose la garganta a espaldas de Carolina y cuando ella se giró observó a Mileva Maric, la esposa en aquella época del científico, una inteligente matemática serbia. Era joven y atractiva pero de mirada gélida y rostro inexpresivo. Usaba el cabello negro ondulado corto y tenía un bonito cuerpo que cubría con las recatadas modas del momento.

—Disculpe, Señorita —sonrió Einstein nervioso y se alejó rápidamente de Carolina. Mileva comenzó a reclamarle en un alemán plagado de un fuerte acento serbio y la disfuncional pareja salió del salón.

Sin mayores razones para quedarse, Carolina abordó la Esfera y programó los sistemas para que la devolvieran a su tiempo. Sin que nadie pudiera verlo la Esfera desapareció de entre los jardines del campus y reapareció en el hangar.

Para Hirsh habían pasado solo dos segundos. Carolina salió de la Esfera corroborando el éxito de sus cálculos.

- —¡Excelente! ¡Maravilloso! —dijo Hirsh entrando al hangar y rozando con su mano la Esfera.
- —Siempre supe que usted tendría éxito, profesor Hirsh —le dijo Carolina— nunca lo dudé.
- —Gracias, muchísimas gracias —adujo él distraído y pensando en lo que acarrearía para su carrera profesional este éxito. Cuando Hirsh colocó la mano sobre la entrada de la estructura, Carolina aprovechó la oportunidad y accionó el botón que cerraba la compuerta aprisionándole el brazo al científico.
- —¡Mierda! —maldijo Hirsh con el antebrazo lastimado por el impacto— ¿Qué le pasa, Carolina?
- —Su aporte a la tecnología de viaje en el tiempo ha sido ciertamente importante, Hirsh, pero vendrán otros. En el 2035 un científico de apellido Moraga descubrirá cómo viajar en el tiempo sin necesidad de una Esfera. Con un simple cinturón que genera una burbuja electromagnética estable alrededor del usuario y le permite saltar en el tiempo sin peligro —dijo levantándose la blusa y permitiendo que Hirsh viera un extraño cinturón de un material plateado y misterioso y que tenía una especie de sistema computarizado pequeño en vez de hebilla.
 - —¿Qué? ¿2035? ¡Usted está loca!

Carolina rió:

—No... créame que estoy muy cuerda. Durante muchos años estuve esperando este mo-

mento. ¿Sabe qué es lo más doloroso de ser violada por un profesor? Que nadie te crea solo porque él es un afamado científico y porque tiene muchísimo dinero. Que el cerdo que te violó no pase ni un solo día en prisión por lo que hizo gracias a su fortuna.

- —¿Qué…? ¿De que está hablando?
- —Usted me violó, Hirsh. En su casa, una noche en que me invitó a repasar las lecciones. ¡Qué tonta fui! Claro, había licor y usted se excedió en tragos y perdió el control...
- —¡Usted está loca! Jamás en mi vida la había visto antes de llegar aquí y nunca he violado a nadie...
- —No. Aún no. Verá... en estos momentos yo soy una bebé de dos años. Usted me atacará dentro de 16 años exactos cuando ya era un acaudalado científico gracias a sus aportes a este proyecto y daba clases de física por puro narcisismo, mientras yo era una joven e incauta muchacha de 18 años recién ingresada a la Universidad. Como es lógico mi denuncia no prosperó ya que usted usó sus influencias para desprestigiarme.
 - —;Usted es del futuro?
- —Sí. Fue difícil para mí lograr que me aceptaran en este programa del Instituto Frankenstein. Tuve que falsificar papeles y de todo, pero lo logré.
 - —¿Qué me va a hacer…?
- —Voy a hacer saltar la Esfera en el tiempo—dijo ella con una sonrisa sádica.
 - —¡No por Dios! ¡Me matará!
 - —Esa es la idea.
- —¡Hay cámaras de video! ¡La condenarán a prisión!
- —En cuanto lo haya matado utilizaré mi cinturón crononáutico para viajar a otra época. Solo utilizaba la Esfera para preservar mi identidad encubierta, pero nunca la he necesitado para viajar en el tiempo.
- —¡Se lo suplico, por favor! ¡Yo no he hecho nada!
- —Pero lo hará. Lo hubiera matado antes pero necesitaba que descubriera el agujero de gusano doble antes de hacerlo, o el cronometraje del viaje en el tiempo no hubiera sido posible y, por ende, yo no habría podido venir a esta época. ¡Que ironía! Usted hizo el descubrimiento que me permitió a mí, su víctima y su asesina, venir a matarlo. Se puso la soga al cuello...

Carolina salió del hangar y comenzó a utilizar los sistemas de navegación. Una voz computarizada en las consolas le dijo: —¡Peligro, la compuerta de la Esfera está abierta! ¡Peligro, la compuerta de la Esfera está abierta!

Carolina ignoró la advertencia y oprimió los comandos necesarios y, finalmente, el botón rojo que producía el salto.

Mientras Hirsh gritaba ensordecedoramente e intentaba frenéticamente zafar su brazo de las compuertas, el proceso dio inicio, la Esfera produjo los resplandores nacarados y emitió flujos de energía que transformaron a Hirsh en un puñado de ceniza poco antes de que la Esfera se desvaneciera.

Carolina sonrió. Se sentía aliviada. Como si se hubiera quitado un peso de encima que había cargado por muchos años. Luego encendió la mini-consola en su cinturón crononáutico y esta emitió luces de colores y generó una burbuja electromagnética alrededor del cuerpo de la joven y, en segundos, la muchacha desapareció sin dejar vestigio alguno.

Excepto por los restos de ceniza que ensuciaron el hangar y que solían ser el profesor Hirsh.

hWord Gustavo Courault

- —Hoy entrevistamos al prolífico escritor y desarrollador de software Germán Catalano dijo el periodista en un primer plano, luego la cámara amplió el cuadro y apareció la imagen sonriente de un hombre canoso y de bigotes de foca oscuros que saludaba con la cabeza— . ¿A qué se debe tamaña producción de novelas y libros de cuentos, a razón de uno por mes? —le preguntó sin más trámite con su voz estridente.
- —Buenas noches, a usted y a toda la audiencia —comenzó diciendo el entrevistado con mucha calma—, es bien sabido que la profusión de mi trabajo se debe al software que he desarrollado, el hWord, un verdadero hallazgo en el ámbito literario.
- —Háblenos un poco más de ese software, por favor —intervino el periodista.
- —En primer lugar tiene incorporada una base de datos de miles de escritores, desde Cervantes Saavedra hasta Saer, pasando por Borges, Hemingway y García Márquez. El software, entonces, compara el texto del usuario del hWord contra todos estos geniales autores y corrige sintaxis, gramática, palabras repetidas y otros errores comunes respetando el estilo y todo esto en tiempo real, es decir, mientras se escribe —dijo Catalano, haciendo el gesto de tipear en el aire.
- —Es como tener a todos esos genios como tutores —interrumpió el entrevistador.
- —Claro, por eso es capaz de sugerir párrafos enteros, escritos de manera impecable, como si leyera la mente del autor.
- —¿Por qué se denomina "hWord"? —preguntó el periodista inclinándose un poco.
- —Es por Hermes, el dios griego de la comunicación y ya sabe que Word era el procesador de textos de la extinta Microsoft, de modo que traté de aprovechar ese recuerdo popular para mi producto.
- —Me han dicho que cada licencia es muy cara, ¿por qué, si ya lo tiene desarrollado?
- —En primer lugar, no queremos que haya tantos escritores de éxito —dijo riendo Catala-

- no—, en segundo lugar, estamos actualizando y alimentando en forma continua la base de datos que le mencioné, a tal punto que en un futuro habrá que tener sólo una buena idea y el hWord se la escribirá por usted. Es por eso que creemos que el hWord es una especie de coautor tal como está explícito en su licencia de uso.
- —Pero algunos escritores renombrados recibieron una copia gratis de su software.
- —Sí, por supuesto, ellos prueban nuevas funcionalidades y nos envían sugerencias de muchísimo provecho para mejorar la versión que publicamos cada seis meses.
- —¿El hWord reemplaza a las musas inspiradoras? —preguntó insidioso el entrevistador.
- —Debe tener algo que comunicar, una idea, una inspiración como dice usted; luego hWord le permite jugar con párrafos, comienzos, finales y tiempos verbales hasta que usted quede satisfecho y con la certeza de un castellano perfecto afirmó Catalano.
- —Además, es dueño una editorial muy exitosa: la Editorial Software Hermes.
- —Sí, me di ese lujo debido a mi producción literaria, de esa manera tengo el control de mis ediciones sin intermediarios —explicó Catalano con aire suficiente.
- —Usted es un programador, un escritor y un empresario de éxito, lo felicito —dijo el periodista parándose y señalándolo con las dos manos en un gesto teatral
- —Muchas gracias —contestó sin humildad alguna Catalano y mientras sonreía, la televisión comenzó a pasar los comerciales.

Carlos Muñoz subió las escaleras mojado de sudor por los nervios y el calor. Esperaba que ese abogado hiciera justicia. Sí, Justicia con mayúsculas. Su rabia crecía a cada escalón y disminuyó cuando entró al vestíbulo fresco y bien amueblado.

Cargaba con un libro y su propio manuscrito que lo incomodaban, decidió esperar sentado a

pesar de que no podía quedarse quieto.

Me robaron y me las van a pagar, pensaba mientras vigilaba para ver si la secretaria lo Ilamaba

- —Señor... —dijo por fin ella mirándolo por sobre los lentes.
- —Muñoz, Carlos Muñoz —respondió él secándose los restos de transpiración de la frente con un pañuelo arrugado.
- —Pase señor Muñoz, el doctor Robasio lo espera.

El abogado se levantó de su asiento y le dio la mano con fuerza. Muñoz observó su sonrisa de político y se sintió menos seguro de llevar ante él su reclamo, pero había oído que era el mejor.

- —Siéntese...
- -Muñoz, Carlos Muñoz, doctor.
- —Ah, sí, sí. ¿Es a usted a quien le copiaron la novela ésta de tanto éxito?
- —Sí, "Poseídas", esa misma. ¡Ni el título le cambiaron! ¡Mire! —dijo mostrándole su manuscrito puntillosamente encuadernado y el libro, uno en cada mano.
- —¿Alguien habrá entrado a su casa y le robó el archivo u otro manuscrito? —dijo el abogado mirándose las uñas.
- —¡Nadie! Solo tengo impreso éste que ve aquí y tengo el documento digital encriptado con una clave de doce dígitos, combinaciones de letras, números y signos de puntuación que a una Cray le llevaría tres años quebrar —dijo con suficiencia Muñoz.
- —¿No le mandó algún adelanto de su obra a algún amigo o amiga? —preguntó Robasio haciendo énfasis en "amiga".
- —No y no, esta novela me iba a hacer rico y famoso, ¡no le mandé nada a nadie! —dijo sacudiendo la cabeza como para que no quede la menor duda.
- —¿Entonces se la apropió la editorial a la cual se la envió para que se lo publiquen?
- Escuche doctor, muy atentamente, ésta
 volvió a señalar las hojas prolijamente impresas
 es la única copia. ¿Capito?

El abogado tomó el manuscrito y el libro. El autor de "Poseídas" era el mismo Germán Catalano. En la contratapa estaban impresos muchos otros best-sellers de los más diversos géneros junto a su cara sonriente.

—¡Ladrón! —gritó Muñoz agitando la mano al verlo.

- —Editorial Software Hermes —leyó el abogado.
- —Sí, ellos venden su procesador de textos, el "hWord", que nos facilita tanto la vida a nosotros, los escritores —dijo Muñoz con un dejo de pedantería—. Corrige la ortografía, la gramática, los excesos de adjetivos, las frases largas y los sonsonetes. Si es una poesía busca sonoridad, ritmo y por supuesto, la rima. Hasta es capaz de corregir el estilo. Un escritor con buenas ideas sólo tiene que sentarse a escribir y el hWord hace su magia —terminó de decir haciendo un gesto en el aire.
- —Sí, anoche mismo vi la entrevista que le hicieron a Germán Catalano dijo el abogado mirando los textos con detenimiento Veo que es copia palabra por palabra —comentó el abogado luego de pasar algunas páginas.
- —Quiero resarcimiento económico y moral
 —suspiró Muñoz indignado.
- —Solo falta demostrar que usted lo escribió antes —respondió con cierta ironía Robasio.

Sin decir nada, Muñoz sacó de su bolsillo un paquete cerrado con un matasellos y le mostró la fecha.

- —Hace tres meses, me envié a mi mismo un DVD con la novela por correo, ¿ve?
- —Bien, vamos a ver qué podemos hacer dijo mientras lo despedía.

Muñoz bajó las escaleras más aliviado, quizás dentro de poco tiempo su nombre y su foto reemplazaría a la de Germán Catalano.

Ya en su casa aplicó el parche al hWord para que siguiera funcionando un mes más. Como muchos colegas, lo había hecho funcionar mediante un crack escondido en la Red, muy laborioso de instalar y que exigía actualizarlo periódicamente desde la misma Internet.

Sólo de esa manera lo podía utilizar, su costo era prohibitivo para él como para casi todos sus conocidos. Odiaba a la Editora Software Hermes, ¿por qué vendía tan cara cada licencia? De algún modo se merecía que usara el hWord sin pagarlo, era una suerte de justicia poética.

Unos dos meses después el teléfono despertó a Muñoz muy temprano a la mañana.

—Soy el doctor Robasio —escuchó entredormido—, debe venir urgente al juzgado, tenemos una audiencia con el juez y la editora.

Gruñó al teléfono una respuesta y cortó, se bañó, se afeitó con cuidado y eligió su mejor traje para vestirse, seguro que ganaba el caso. No había dudas que "Poseídas" era suya, su novela. Ya en la calle paró un taxi, ahora que iba a ser rico podía darse esos lujos. Todavía estaba dormido cuando llegó a los tribunales. Unos inquietantes autos con vidrios polarizados estaban estacionados a la entrada del edificio. Cuando llegó a la puerta el doctor Robasio lo saludó con efusión apretándole la mano.

- —Ganaremos con mucha facilidad —le dijo sin soltarlo.
- —Me dijeron que usted era uno de los mejores —respondió Muñoz exultante.

Robasio le palmeó la espalda y entraron a la sala.

El juez entró un poco después y Robasio demostró sin dudas que la obra le pertenecía a Muñoz.

Germán Catalano y los abogados de la empresa escuchaban impasibles. Cuando les tocó el turno, se levantó el de más baja estatura, miró a la sala y al juez, luego señaló a Muñoz.

- —Este señor dice que le plagiamos su obra, sin embargo él la escribió usando una copia ilegal del hWord de nuestra editora —dijo con voz de barítono—. En consecuencia no pagó por el desarrollo de nuestros correctores de gramática, de ortografía y otras herramientas que posee nuestro producto. Aquí tenemos —dijo desplegando un largo listado— todos los parches ilegales —hizo énfasis en la palabra "ilegales"—, que el demandante usó para continuar su uso y violar la licencia una y otra vez.
- —¿Es cierto eso? —preguntó Robasio a Muñoz en voz baja

Muñoz no contestó, estaba sudando como cada vez que se ponía nervioso y se acomodó la corbata. Miró hacia atrás y vio a dos policías firmes ante la entrada. ¿Cómo saben que usé esos cracks y que la copia es ilegal?, pensaba mientras miraba al abogado sin poder decir palabra.

—Por lo tanto —prosiguió el hombrecito—, "Poseída" nos pertenece tal como lo dice la licencia de uso violada por el señor Carlos Muñoz, quien además adeuda todas y cada una de las actualizaciones, lo que suma la cantidad de dos millones de créditos internacionales, que si no son pagados en este mismo acto, nuestra empresa pide que sea puesto en custodia hasta tanto cancele la deuda con sus correspondientes intereses.

El juez hizo una seña a unos uniformados que esposaron a Muñoz.

- —¡Ladrones, malditos! La obra es mía, mía —gritaba Muñoz. Los policías lo arrastraron y lo sacaron del recinto sin mucha delicadeza.
 - —¿Hay muchos que usan sus parches? —le

preguntó Robasio a Catalano cuando vio que Muñoz ya no podía escucharlo.

- —Muchos —respondió sonriendo Catalano.
- —Admirable —dijo Robasio, entrecerrando los ojos.
- —Vendo pocas licencias del hWord —dijo saliendo y apoyando la mano en el hombro del abogado—, son muy caras; pero como ve, estimado doctor, le encontré la vuelta para tener muchas ideas y además ya escritas; nadie lee las licencias de uso y todos quieren una copia del hWord sin pagar un centavo, así que les dejo los parches que son muy difíciles de instalar adrede, ¿sabe por qué?
- —¿Por qué? —preguntó Robasio en la puerta del juzgado, disfrutando de un cigarro.
- —Es en realidad un programa que me envía todos y cada uno de los patéticos manuscritos de estos perdedores —Catalano hizo una pausa como para que el abogado sopesara sus palabras.
- —Usted se los roba —dijo con una sonrisa cómplice el abogado.
- —No —lo corrigió sonriente—, el hWord es el coautor, no lo olvide y yo —dijo señalándose con el pulgar—, soy el autor del hWord. Ellos usan ilegalmente mi programa, haciendo enormes esfuerzos para instalar mis propios parches y cracks, ¿no soy genial? —preguntó sonriente bajos sus mostachos Catalano.
- —Sí, sí —respondió molesto Robasio—, ahora págueme mi parte. Tal como se lo prometí, lo traje al juzgado para que usted se lo saque de encima usando todo el peso de la ley.
- —Por supuesto, doctor —dijo dándole un cheque—. ¿Sabe? Son tan perezosos que tampoco se dan cuenta de que Hermes, además de ser el dios de la comunicación y de los médicos Catalano hizo una pausa, creando suspenso— es el de los ladrones y los estafadores. ¡Soy un completo genio! —terminó de decir Catalano con una risotada.

Robasio lo miró asustado y apuró sus pasos hasta un taxi.

—Dios me valga con estos escritores. Sáqueme rápido de aquí —le dijo al chofer apenas abrió la puerta.

Razones para no viajar en el tiempo

Yunieski Betancourt Dipotet

Ernesto indica al muchacho que se siente, y espera sonriente a que se acomode frente a él. Es un joven mestizo, delgado, vestido con un pulóver desmangado de color gris, y pantalones azul oscuro, al estilo de los inicios del siglo XXI. Ernesto lo observa, mientras escucha pacientemente, mediante los audífonos, la información personal que su supervisor le reitera.

El muchacho permanece en silencio, intimidado a su pesar por tener ante sí al patrullero del tiempo, imponente en su túnica roja, agudo contraste contra su piel negra. Ernesto termina de escuchar la información y, al no escuchar nada que altere sus consideraciones previas sobre el chico, evita que el alivio se trasluzca a su rostro. Tiene ante sí al típico recién llegado a la mayoría de edad, ansioso por estrenar su licencia de viajes temporales. Otro caso fácil, ideal para aplicarle un enfoque agresivo.

- —Nombre y apellidos, por favor —pregunta, respetando el procedimiento.
 - —Oscar Nersys Loren.
- —Mucho gusto, Oscar. Mi nombre es Ernesto —y le señala la identificación sobre su pecho izquierdo, un pequeño rectángulo dorado, en el que relucen cuatro diminutas estrellas grises—. Soy un patrullero temporal, rango cuatro. Esta entrevista, como sabes, es para explicarte las condiciones de uso de tu licencia para viajes en el tiempo.

El muchacho asiente y Ernesto continúa.

- —Sé que deseas viajar en el tiempo. Pero déjame ser claro contigo, —y endurece el tono— eso no va a ocurrir. Y no va a ser —se adelanta a la réplica, anunciada por la expresión de Oscar—, porque te vigilemos para impedirlo. Verás, en la información que encontrarás aquí —le alcanza una abultada carpeta— podrás leer sobre cientos de viajes, y eso bastará para convencerte de que es mejor no intentarlo.
- —¿Quiere que renuncie a viajar en el tiempo? —pregunta el muchacho, incrédulo.
- —Así es. De hecho, la mayoría de nuestros ciudadanos renuncian a ejercer ese derecho.

—¿Por qué nadie me reveló esto?

—Por el condicionamiento —responde Ernesto, y capta en el rostro de Oscar la indignación al confirmarle lo que muchos menores de edad sospechan y se niegan a creer, al enfrentarse a la obstinada negativa de familiares y amigos, mayores de edad, a hablarles del tema.

Ve como intenta calmarse, horrorizado por oírle admitir el empleo de una técnica de dominio mental que fue educado para considerar brutal, una herencia nefasta del pasado primitivo de la sociedad post industrial. Una práctica creada para hacer al hombre dueño del hombre.

- —¿A mí también me van a condicionar? —pregunta.
- —Sí. Pero no te preocupes —agrega Ernesto y alza las manos en gesto tranquilizador—. El condicionamiento solo te impedirá revelar esta información a los menores de edad. Puedes intercambiarla con quienes la conocen: tus padres, hermanos y hermanas mayores, amigos y amigas. Con ellos podrás hablar libremente de este tema.
 - —¿Cree que me convencerán de no viajar?
- —Eso espero, al menos el gobierno lo espera. Pero no te llames a engaño. Si quieres viajar puedes hacerlo, es más barato que impedirlo, y que se vuelva un negocio ilegal.
 - —; Y si quiero cambiar algo?
- —Puedes intentarlo. Estamos conscientes de que es probable que muchos de ustedes alberguen ideas románticas acerca del pasado. Algunos, incluso, deben tener muy claro qué aspectos deben cambiar para corregir la actualidad.
 - —¿Aun así no piensa impedirme viajar?
 - -No.
 - —; Y si pretendo matar a alguien?
- —Puedes hacerlo, claro que si regresas aquí y lo descubrimos, lo mas probable es que vayas a prisión.
 - —;Y lo menos probable?
 - —Que se te condene a muerte.

Oscar calla, tratando de asimilar la idea.

- —¿Y si intento borrar este continuo? —aduce, desesperado.
- —Suponiendo que lo logres, y de paso sobrevivas, ¿qué te asegura que el resultado sea mejor que esto?
 - —Puedo intentarlo y ver qué pasa.
- —Claro que sí, pero no me pareces del tipo suicida.

Oscar queda en silencio una vez más. Ernesto sonríe y continúa:

- —Otra cosa. Cada vez que viajes lo harás a tus expensas. Sin recursos del estado. Ah, y si estuvieras en problemas no podrás explicar tu verdadera situación adonde sea que vayas. Te será imposible revelar algo de nuestro mundo.
 - —¿El condicionamiento?
 - —Exacto.

Ernesto alza las manos.

- —Sabes —dice—. Y esto podrás verificarlo en la carpeta. El por ciento de regresos es realmente bajo. Te confieso que nosotros, que contamos con los recursos gubernamentales a nuestra disposición, tenemos una tasa de pérdida de agentes que sextuplica la de las agencias "normales".
- —No entiendo —dice Oscar y Ernesto se inclina hacia él.
- —La mayoría de las misiones de rescate terminan en fracaso.
 - —; Aun así las hacen?
- —Es nuestro trabajo. Y para que lo sepas, muy pocos de los que viajan pretenden modificar lo sucedido. Para esos pocos, lo peor de todo resulta darse cuenta de que planificar y ejecutar cambios en el pasado es poco menos que imposible.
- —¿Por qué? —pregunta Oscar, y suena incrédulo.

Ernesto alza su mano derecha.

—Primero — y eleva un dedo—, es mucho lo que ignoramos del pasado, al punto de que no importa cuánto te prepares, es como viajar desnudo. ¿Sabes? —sonríe antes de proseguir—, la historia que conoces, por los libros y demás, es solo una noción. Una guía. En realidad —baja la voz, adoptando un tono clásico de conspirador—, es una mierda en la mayoría de los casos. Segundo—alza otro dedo—, debes entender que la mayoría de nosotros, quizás tú también, amamos a la humanidad, pero no podemos soportar a buena parte de los que tenemos al lado. Por ello, si logras cambiar el pasado y pretendes retomar tu vida personal, no hay nada que garantice que borran-

do lo que no te guste, o a quien no te guste, no borres lo que sí. ¿Entiendes? Y tercero —levanta otro dedo—, pero no menos importante; si lo que te propones alterar es tu propia vida, descubrirás que no consigues recordar cada paso que diste, o palabra que te dijeron, y comprenderás cuan aleatorio fue tu comportamiento, y cuánto de irreproducible hay en él. En fin de cuentas, quién quiere ser una sombra de sí mismo que repite día a día, hora a hora, lo que ya hizo, aunque sea durante una semana.

- —Entonces, nadie intenta violar la ley —afirma Oscar, en tono irónico.
- —Claro que sí. Pero son pocos, y cada vez serán menos.
 - —¿Los asesinan?
- —No —responde Ernesto, y no trasluce molestia alguna ante la acusación implícita—. A los que capturamos los enviamos al tiempo que más les agrada. Para que descubran la diferencia entre ficción y realidad. Cualquier cosa que eso sea. Así pueden ver si lo que creen saber es cierto, o un montón de mitos producto de la mente calenturienta de un escritor. ¿Más preguntas?

Oscar niega.

—Entonces puedes retirarte y feliz mayoría de edad.

Oscar se levanta y se dirige a la puerta de la habitación, carpeta en mano.

- —¿Todo lo que me ha dicho es cierto? dice de pronto y se vuelve, justo para sorprender la sonrisa de Ernesto.
 - -No.
 - —¿En qué me mintió?
- —Si viajas al pasado puede que te enteres —responde, y Oscar le vuelve la espalda. Ernesto espera a que se retire, y entonces se estira con fruición.
- —¿Crees que tengamos problemas con este? —escucha por el audífono a su supervisor y niega con la cabeza.
- —Le falta poco para convencerse —explica—. Creo que las charlas con sus padres, hermanas y hermanos serán efectivas.
 - —¿Estás seguro?
- —Sí. Y las historias que leerá acabarán por convencerle.
 - —¿Crees que descubra en qué le mentimos?
- —Bueno, casi deseo que lo haga. Es una pena que ningún viajero, antes de convertirse en uno, ate cabos y comprenda que es un suicidio ir al pasado. Debe resultarles duro entender que na-

die irá a buscarlos.

—¿Tú crees? —dice el supervisor y Ernesto sonríe—. ¿Estás listo?

—Siempre —replica Ernesto—. Haz pasar el siguiente.

Por un anillo

Felipe Fernández Sánchez

Estaba el otro día dándome unas vueltas por los anillos de Saturno con la sana intención de apreciar, o mejor dicho, pasear mi vista por las mozas —casaderas o no— que se cruzaran en mi camino, y que por su lozanía —espléndida lozanía. ¡Vive Dios!— de algunas de ellas, fuesen un contento para mi ánimo. Cuando detuve un instante mis pasos, y reflexioné, varado como estaba en el polvo galáctico, y me dije:

—Hace rato que caminas y aquí no ha pasado nadie. Y no estoy siendo metafórico, ni pelín hiperbólico. No me he cruzado con nadie, bueno, a menos que se considere alguien a ese fotón verbenero que bota y rebota sin parar, abocado como va, por su incansable necesidad, de hacerse notar. Algo está pasando en el Sistema Solar, cuando el antes concurrido anillo carece hoy por hoy de algún atisbo de habitabilidad, salvando lo presente: —Yo—.

Decidí con un pronto, un tanto caprichoso, volver a la navecoche. Pues allí, más solo que la una, no se me había perdido nada.

Introdújeme en la cochinave.

Desprendíme de los atalajes propios del paseo anular y me decidí por un escaneo del entorno —gracias a mi pdf de adobe de ultimísima generación—, con la clara intención de localizar la presencia de algún paseante galáctico, si no por el anillo, al menos por las cercanías de Urano, planeta, por demás, tan ligado a la vida licenciosa; sin perder por ello de vista la circunspecta seriedad propia de un planeta del Sistema Solar.

Hete aquí, hete, que tres o cuatro barridos no sirvieron para nada, es decir, fueron infructuosos, afuera no había nada, nothing, rien de rien, en absoluto, vacío, la nada, ¡aggggh...! Cuatrocientas agitadas respiraciones después conseguí calmarme, para sin solución de continuidad, caer en la angustia, en la desesperación y la apatía, volver a la desesperación, para luego visitar la soledad, volver a caer en la depresión, después de dar un rodeo por la locura.

Viendo el jaez de la situación, el vehículo espacial al que impepinablemente estoy enchufado, me lanza unos chutes de adrenalina, en un claro intento de normalizar mis constantes vitales, —¡Yo creo que le echan algo más a la adrenalina!—, me estandarizo entonces, y sopeso la situación... me desespero.

Un grito desgarrador va brotando desde mi pecho hasta inundar los más apartados confines del espacio interestelar.

- —¡Mami!
- —Quiero volver con mi mamá.

En esos momentos de trémula inquietud, unas manos agitan mis hombros de forma acompasada y empiezo a oír una voz en la lejanía que cada vez se acerca más y más, hasta convertirse en un grito en mi oído.

—DESPIERTA, ¿TE QUIERES DESPERTAR YA?

Es mi madre al rescate, sacándome del pozo, de ese pozo tan hondo que es LA SOLEDAD GALÁCTICA.

—T'AS TONTO, ; A QUÉ VIENE TANTO GRITO?

Seguro que estos son los efectos de una digestión pesada, aunque creo que voy a echar de menos a mi cochinave. Tenía los asientos reclinables, de cuero, y un equipo de música superpotente.

Imagínate el coro de las Valquirias, a toda pastilla zigzagueando entre los planetas. Lo malo es que no podía bajar la ventanilla, a cambio tenía unos altavoces externos tope guay. Sí.

Día de mudanza

José Luis Carrasco

La pequeña y delgaducha Loreto cerró el grifo y terminó con la gotera con la sensación de haberlo arreglado varias veces. Fuera las nubes ardían con el fuego amarillo del sol. Las noticias en la pantalla resumían guerras, conflictos y la predicción del tiempo. En una repisa, el barco pirata se mecía con los vientos alisios producidos aleatoriamente por el sistema de generación ambiental de la botella de simulaciones. Loreto entró en el salón y con el mando a distancia de la casa hizo sonar una canción del último recopilatorio de música de cámara francesa. El trabajo para la tarde.

Cayó en el sofá y también caían las notas de un piano. Fijó la vista en la alfombra, y su mirada recorrió los ángulos rectos a la cadencia exacta de las teclas. Al principio no era así. Analizar un tema resultaba un esfuerzo respetuoso. Su concepto de la ética profesional le impedía tomar a la ligera pormenores minúsculos que al propio intérprete le parecerían ajenos. Seis años de dedicación monástica a la agencia la habían vuelto capaz de abstraerse en formas y colores, de asociar ritmos y melodías a elementos vivos... sin escatimar detalle crítico.

Garrapateó tres páginas en media hora. Su capacidad de redacción florecía con eficiencia. Al terminar dejó el texto a un lado y dio dos palmadas seguidas.

—¡Tono cálido! —los proyectores del techo filtraron la luz, moderándola y añadiendo un matiz arenoso, que cambió el color de las paredes a uno más confortable que el blanco plano.

Revisó el resto del correo. Cuatro nuevos de admiradores. Leyó uno por uno, borrándolos al terminar. El último —más ingenioso que la media— lo conservó, divertida. Cada vez llegaban más comunicaciones, muchas engalanadas con bellas tipografías, imágenes y canciones. Casi todas eran amables e impersonales y le causaban una satisfacción prudente e inofensiva. En raros casos alguno se pasaba de la raya y entraba en territorios íntimos, gracias a un anonimato inrastreable. La carrera de Loreto era corta y no se había acostumbrado a intromisiones en su privacidad. Recordaba las primeras noches y los tranquilizantes, no muy lejos de su mesilla.

Le gustaba ajustar el final de su jornada de trabajo con las primeras nubes de actividad magnética del crepúsculo. Teñían éstas de un brochazo violáceo la verticalidad del paisaje urbano y lo sumían en un contraluz costoso de combatir. Por razones económicas, la ciudad dormitaba sin apenas arrojar luces artificiales. Con el anochecer de la contaminación, Loreto apagaba su equipo y volvía a llenar cajas de cartón. Aún no había aparecido el piso ideal pero una fe ciega le impulsaba a llenar una caja con algunas de sus pertenencias antes de dormir. Disfrutaba con el proceso. Armaba la caja, la rellenaba con papel de burbujas de aire, seleccionaba al azar un objeto y lo dejaba caer. No todos los electrodomésticos o juguetes eran igual de robustos y más de uno se rompía al llegar al fondo. No le daba importancia. Empezar una casa suponía tirar cosas y comprar otras. Era parte del juego.

Lo que más le dolió fue deshacerse de las cartas de Camille. Aparecían en los lugares más insospechados. Debían tener vida propia, refugiados de su revisión diaria. Tabletas electrónicas personalizadas, olorosas, la mayoría acompañadas de breves párrafos musicales y opciones sensoriales. Su tacto, una excelente reproducción de la seda, le traía recuerdos casi indelebles. Casi. Tiró las que pudo encontrar por el conducto de reciclaje de plástico y tecnología.

Dedicó unos calculados cinco minutos a meditar por qué los chicos en su vida eran tan rematadamente tontos. Cierto, había hombres inteligentes. Pero aquellos que consideraba brillantes, o que al menos admiraba —lsaac Newton, Albert Einstein, Beethoven, Joyce, su profesor de matemáticas— resultaban siempre incapaces para la convivencia diaria con sus semejantes. Tanto daba entonces si eran genios o fenómenos extraños de la naturaleza. Pertenecían a otro mundo y no podían adaptarse. Abandonó estas ideas, que rumiaba al apoyarse en el quicio de la puerta del baño, y se condujo al dormitorio sin concederse un bostezo.

Tras las últimas rutinas nocturnas, Loreto finalizaba la jornada con un sentimiento de mariscal de campo. Uno a uno revisaba platos, cubiertos y demás vajilla. Controlaba el cierre de los cajones. Decidía el vestido de mañana. Programaba a los servobots para su planchado a las seis en punto. Otros dudaban del uso de tales modelos, aún en fase beta, sin la supervisión de un adulto despierto. Ella confiaba lo suficiente para dejarlos hacer. Un mariscal de campo debe delegar en sus tropas. Ser meticuloso era alcanzable, ser omnisciente algo muy distinto.

Preguntada en su fuero interno y con total sinceridad, Loreto no se consideraba una persona ejemplar en ninguna disciplina. Era forzoso reconocer sus notas modestas, su disoluto historial adolescente y las más de una —y más de dos—peleas en las que se había envuelto en el pasado. Trató de compensar lo que veía como un defecto con una disciplina militar que la condujera por el lado recto, sin desviarse un centímetro. También adoptó la religión cristiana, aunque en este punto admitía haberse dejado llevar por la influencia de su madre. Soñaba con su reencuentro en otra vida.

Apagó la música con el mando a distancia y bajó las luces. La melodía del piano masajeaba su cabeza. Recordó cuando la suite para violoncelo que escuchó tocar a un mendigo había puesto patas arriba su desordenada existencia. Dejó de envidiar los instantes de epifanía de investigadores o artistas. Su descubrimiento era igual de portentoso. Al llegar a casa escribió un comentario personal, las grandes obras barrocas sonaban en su equipo en modo repetición. En Monteverdi halló dragones casi extintos. Purcell escribió a las emociones con la facilidad con que los vientos besan los árboles. Para Bach se le acabaron los símiles. Las medidas humanas eran un insulto. No paró de escribir hasta que le sangraron las manos, y al hacerlo se descubrió la camiseta bañada en lágrimas. Costó un esfuerzo mínimo reducirlo a un formato de un centro de noticias y enviarlo. Hacía seis meses y seis días. Desde entonces trabajaba como escritora.

La noche le cayó con el cansancio habitual, y no le negó su abrazo. Se preciaba de dormir de un tirón hasta el sonido de la alarma. Cuando no era así aprovechaba para levantarse, ir al baño y entretenerse con los objetos de las cajas. Cada uno tenía su lugar imaginario donde colocarse en un futuro. Reposaban en hipotéticas estanterías los vasos de cristal, en hipotéticas paredes los cuadros de cristal líquido y en hipotéticos cajones sus productos de maquillaje.

Pero nada para aquella caja negra.

Devolvió todo a su sitio. En la calle el ocaso cerraba los puños. Necesitó pedir un poco de luz al sistema doméstico, que inició un ascenso lumínico y térmico hasta el nivel que usaba al despertar. Pasó el objeto de una palma de la mano a otra.

Pasmada, se revolvió el pelo hasta formar un pelirrojo remolino de bucles. No recordaba el origen del oblongo estuche negro de un único puerto y piloto apagado, ni su utilidad. Jamás olvidaba un detalle de su casa. Sus pertenencias eran lo bastante escasas para ello. Lo miró desde varios ángulos. El puerto no tenía la forma de los clásicos usados para la conexión al sistema doméstico.

Era liso, frío, y muy, muy ligero.

Intrigada, lo colocó en la mesa del salón y tanteó en la pared hasta que el sistema doméstico la saludó con su acento neutro. Internet ofreció múltiples respuestas para objetos negros, pero ninguno con el orificio de entrada y salida plateado, de fibras pequeñas de cobre por un solo lado. Era difícil buscar algo sin saber su nombre. No había marca o información escrita o tallada, ni siquiera indicios de estar formado por más de una pieza, ni hendidura por donde abrirlo. Loreto resopló y entró en su campo visual la cama, tan grande, tan blanda y recta.

—Por esta vez has ganado, pero mañana me tendrás que contar tu historia.

No lo hizo. Ni en la semana siguiente. En una sociedad donde se hallaba la vida de los ciudadanos al alcance de un clic, ningún producto se le había resistido de una manera tan férrea, tan hermética. Buscó en sitios de venta de objetos curiosos, de alta tecnología, de herramientas obsoletas. No parecía ser ni lo uno ni lo otro. Por desgracia para aquel extraño trasto y para ella, los dos contaban con demasiado tiempo libre y muy pocos planes para los ratos de ocio. Subió un par de fotos en sus perfiles sociales. Nadie le supo informar y empezó a sentirse como un gato que rodea la nevera donde se guardan sus latas.

Finalmente, y como medida desesperada, llamó a Auguste. Después de una serie indefinida de años sin contacto le avergonzaba marcar su número. Solo se habían cruzado en la iglesia un domingo. Bromearon sobre el hecho de que el párroco estuviera formado por cables y microchips revestidos de una resistente aleación, y la probabilidad de que su pila de litio pudiera terminarse de forma abrupta en plena misa.

Auguste se asomó por encima del detector para verla entrar en el descansillo cuando ya creía que era la hora de cierre. Lucía un moreno poco favorecedor y juraría que se había arreglado los dientes y teñido el pelo. Peculiar para un individuo tan austero en otros tiempos que desayunaba tostadas sin mantequilla ni mermelada.

No aparecieron otros visitantes y pudo pasar el objeto por la cinta de la máquina. En la vieja pantalla monocromo desfiló delante de sus narices, orgullosa e inescrutable. La imagen final lo dejaba todo a la imaginación, y Auguste, que había atendido la llamada de Loreto sin objeciones, extendió el labio inferior y alzó las cejas.

- —Circuitería. Fíjate en esos cuadrados y rectángulos blancos y pequeños. Hay cables por los lados, y eso de la izquierda es una resistencia. ¿Me has traído un juguete?
- —Auguste, por Dios, jamás se me ocurriría jugar con tu tiempo. Eso es cosa de tus jefes. Yo sólo te cogía prestados los apuntes del colegio.
- —Sí, y enviabas el archivo a la clase entera, firmado por ti y a cambio de gominolas.
- —Está bien, Don alumno modelo, si es tan importante, te invito a un café por las gominolas que me llevé de beneficio. Además tienes que saber que me he reformado. El Señor no vería con buenos ojos mis negocios fraudulentos.

Tomaron un café, hicieron las paces y Loreto disfrutó de la conversación en los asientos acolchados de la cafetería del ministerio sin desviar su atención del peso liviano de su bolso. Empatizó con la historia más terrible de Auguste; un accidente de tráfico, meses atrás, que casi acabó con su vida, pero cuando se puso un poco pesado y propuso continuar la velada en casa de ella, decidió despedirse. Él la saludó a lo lejos sin quitarle la vista de encima.

Nada más entrar en el vagón del monorraíl su mente volvió a la caja y se alejó de la breve reseña biográfica de Boccherini que le esperaba a medio redactar. Avergonzada, Loreto colocó el objeto una vez más en la mesa, bien centrado, de manera que sus lados discurrían paralelos al mueble, y lo señaló con el dedo.

—Me rindo. Pero te quedas conmigo. No te pienso perder en la mudanza.

Gracias a la moda imperante de recuperar obras pasadas, los artículos de Loreto, cada vez más demandados —e ingeniosos— corrían por los circuitos literarios como una obra ensayística notable. Cuando le llegó la invitación a la fiesta de los mil números de su revista, empleó una mañana en seleccionar la ropa que ponerse. De repente los modelos y sus posibles permutaciones resultaban infinitos, lo cual suponía una auténtica paradoja para su espíritu práctico. Necesitó pedirle al ordenador de la casa que combinara al azar las posibilidades y le propusiera una opción.

El sistema, programado para ofrecer una simulación de personalidad, alabó caballeroso cómo le sentaba el vestido. De camino a la fiesta en el aerotaxi Loreto solo pensaba en escapar del asunto. Sin embargo, cuando superó el hecho de que un hotel entero, de doscientos pisos, se encontrara de celebración, descubrió que los asis-

tentes se terminaban por arrinconar en cualquier sitio con sus conocidos y pudo relajarse. Incluso bailó un par de canciones en alguna de las pistas de música electrónica de los pisos inferiores y halló el camino a una barra sin mucha dificultad.

Al principio pensó que el individuo trajeado, de gafas de sol y pelo blanco y lacio no veía bien, pues se apoyó en ella con poca maña en una barra con espacio de sobra para cualquiera. Trató de desplazarlo con cuidado y sutileza. El hombre, que no esperaba al camarero ni tenía copa en la mano, notó el empujón, se retiró las gafas y la analizó con sus ojos cristalinos y profundos. Los focos cenitales realzaron su silueta y le separaron del fondo. Se sintió como una niña pequeña frente al rey de Roma pero el hombre pareció no percatarse del efecto que provocaba en ella. Sonrió y guiñó muy despacio los ojos. Le sorprendió la propiedad quebradiza y tostada de su cabello, mucho más fino y débil que el de un albino.

—¿Loreto? ¡Cuánto tiempo, ha pasado! ¿Qué es de tu historia?

Llegó su bebida, que localizó a tientas entre la barra, y dio un sorbo que no le supo a nada. Se ajustó el pelo, segura de que estaba arruinando su peinado. El extraño deje del individuo fluctuaba con musicalidad como el francés pero hacía pausas en los lugares incorrectos y separaba las sílabas de forma tajante, con el cuidado con el que una ama de casa deposita la carne en una sartén. No había mucha gente que hablara así.

- —Perdona pero has debido equivocarte de Loreto, cosa normal en un hotel donde cabe la población de una ciudad pequeña.
- —Cómo eres, absolutamente, no puedo creer que no me recuerdes. Quinto curso en Nantucket, ¿es verdad que no?

Loreto movió la cabeza.

- —No has cambiado nada. Tampoco antes era fácil de hacerte entrar en razón a ti. Por cierto, ¿Sigues teniendo el álbum de fotos?
- —Sigo sin tener ni idea de lo que hablas, lo siento.
- —Vas a tener que cambiar tu dieta, cámbiala por algo con más calcio. Hace unos años olvidé en tu casa un álbum de fotos, en una caja de datos negra de conexión VTC. ¿Tampoco recuerdas eso?

Loreto apuró la bebida con calma y se limpió los labios de un solo movimiento.

—No insistas. No estoy interesada. Te irá mejor con otras chicas, es un edificio enorme. Yo soy cristiana, eso me hace un poco difícil en las primeras citas.

En otra situación le hubiera dado una segun-

da oportunidad, pero el lugar era demasiado caluroso, saturado y humeante como para forzar la maquinaria. Le dejó con la boca abierta, a punto de hablar de nuevo, y zigzagueó entre la multitud hasta cambiar a otra sala y otro piso. Aprovechó la intimidad del ascensor para resoplar y limpiarse la frente. Ya podía relajar la tensión de la espalda que le producía la noción de que acababa de conocer al dueño de la caja. Y que éste sabía su nombre.

Al cambiar de escenario se vio forzada a perder de vista a sus conocidos y por ende, a asumir su desorientación. La cobertura de los implantes telefónicos iba y venía, y aunque podía aislarse de la música con un solo pensamiento, el excluir los sonidos exteriores le provocaba mareos y falta de equilibrio. Creyó vislumbrar a su profesor de matemáticas a lo lejos, pero su estómago pedía un descanso. Terminó la copa y rechazó con el dedo el ofrecimiento de un androide camarero. Adiós, fiesta.

Le costó recordar una noche en la que hubiera dormido un sueño más endeble y agotador. Se acercaba lo que llamaba "la factura de Eva", y aunque los dolores eran intensos, se negó a tomar una sola pastilla. Cualquiera del mercado la dejaba atontada, y el malestar le hacía sentirse alerta como un apache que vigila desde lo alto de un cañón. No en vano la foto de un actor indio de una película de John Ford la representaba en sus perfiles sociales.

Gracias a la claridad mental facilitada por su indisposición no tuvo un segundo de retraso al identificarlo. La sombra, agazapada, se hundía, aprovechada de las mejores tinieblas del hogar. Sin tiempo para pensar en el funcionamiento de su sistema de seguridad, alzó la mano para tantear en la mesa de noche y asir un jarrón. Supo que había tenido ideas mejores cuando éste impactó en la pared en mil pedazos. Fue tras la forma que, alertada y fugitiva, retrocedía con agilidad insólita para su peso y situación en una casa ajena. No le dio tiempo a alcanzarle antes de que se encerrara en el baño. Pudo oír su respiración frenética, tanto como su teclear desesperado en un panel.

—¡Intruso en baño! —el sistema emitió una luz tenue en la casa y los servomotores bloquearon las salidas del cuarto con un silbido fino— Te tengo, vaquero. A ver cómo te las apañas ahora. Solo siento que hayas hecho el bobo en la casa equivocada, mi mayor posesión es una olla wok.

—; Podemos hablar, nosotros?

Así como el sentido de la vista, los dolores menstruales potenciaban sus sentidos. El acento sinuoso, la pausa innecesaria y la composición inusual retrataban como una foto al desconocido del hotel.

—Puertas abiertas, vigilancia por electroshock —susurró al micrófono de pared más cercano.

El ordenador liberó los controles de los pestillos y engranajes y las puertas volvieron a funcionar. Con gesto digno y las mandíbulas apretadas como la puerta de un castillo, el hombre accedió al salón con dignidad y calma.

- —No, no hacía falta que te pusieras así. ¿lbas, a llamar a la autoridad en serio?
- —Ese era mi segundo paso, el primero era electrocutarte al menor gesto sospechoso. Espero que me des una razón convincente para esto.
 - —Tú guardas mi caja negra. Mi álbum.
- —Sí, es verdad, ¿me puedes decir qué hay en ella?

—No queda más remedio a estas alturas. La batalla de Waterloo, quince minutos, una clase de Newton en la Universidad de Cambridge, veinte minutos y Mahler improvisando con su piano, solo audio, ocho minutos.

Loreto se tuvo que reír. El aplomo con el que soltaba aquellas barbaridades resultaba cómico. Quizá fuera un actor de la televisión en un programa de cámaras ocultas, o simplemente un chalado con dotes de infiltración del Mossad. Se sentó en el sofá, consciente de que seguía en pijama delante de un lunático y le permitió a él lo propio, en el asiento más cercano al sistema represor.

- —¡No me digas! ¡Sir Isaac Newton en persona! ¿Y cómo se encontraba ese día?
- —Algo mal de salud, el vídeo es de 1692 y venía, de sufrir una crisis de ansiedad. Aún así se nota lo que es, un cerebro privilegiado.
- —Tiene gracia, sabes que el sistema de defensa te está apuntando, que a una orden verbal mía te puedo convertir en un charquito en el suelo y sigues de broma. Creo que voy a quedarme la caja y a pedirte que te marches.

El hombre se puso en pie de inmediato y la miró con ojos grandes y luminosos como rosetones de catedral. Encogió los hombros y extendió la mano en su dirección.

—Señorita, me llamo Cristóbal Viator, nunca hablo en broma, mas en serio. Para demostrarlo permítame algún gesto de amistad y confianza antes de explicarle mejor lo que ocurre. Si le agrada le puedo comprar un terreno, ¿es eso lo habitual aquí?

Con la boca abierta y sin responder al chocar de manos propuesto, Loreto se había olvidado hasta de pestañear. Cristóbal retiró la mano y se rascó la frente.

- —No, es bastante curioso lo de comprar parcelas de tierra a la gente como regalo.
- —Disculpe, de donde yo vengo somos muy pocos, al menos comparados con ustedes, y el obsequio de superficies es una costumbre de cortesía. Pasaré mejor a informarla de lo que pasa. Vengo de muy lejos, de siete siglos en su futuro.

Fuera tosió el motor de un aerocamión de la basura en su recogida del turno de las tres, y su sonido se mezcló con la canción del equipo de un vecino del bloque. Retumbó el golpear de un pecho al ritmo de la melodía, y éste fue el único ocupante del piso entre el hombre y la mujer, callados y tensos, más ella, menos él. Un servobot de modales apocados intuyó el cambio en el ambiente y, acorde a su programación de iniciativa, se permitió extraer de un cuadrante lateral dos tazas de té. También según las normas del panel del sistema, dos cubos de azúcar acompañaban las bebidas y cucharas. Nadie prestó atención y el sistema retiró la bandeja con igual indolencia, lo que despejó de nuevo el espacio vacío y el silencio de las paredes y los ocupantes.

- —Además opino que su vida se encuentra en riesgo grave. Por eso, lo mejor es quitarme de en medio lo antes posible.
- —Espera. ¿Puedes empezar por lo de venir de otro tiempo y luego llegaremos a lo de mi vida?

Los colmillos de Cristóbal brillaron como rejas de una cárcel entre sus labios. Dejó verlos un momento en una sonrisa de mastín, luego recuperó la compostura y volvió a su sofá. Incluso agarró un cojín, que colocó entre ambos.

- —Utilizo un transmisor, en línea con un colisionador de taquiones en mi centro de estudios. Un taquión es...
- —...una partícula que presuntamente viaja más rápido que la luz, lo he leído en un libro. También sé que es hipotética y que su masa es imaginaria. Una de esas ocurrencias de Dios para entretener a los físicos. Podría hacerte muchas preguntas pero, ¿cómo las creas, y cómo te las apañas para no convertirte en un fideo microcósmico por el camino?

Del bolsillo extrajo un pequeño rectángulo dorado, reflejó éste la luz difusa del techo y como por un acto de prestidigitador, desapareció delante de sus ojos.

—El transmisor deconstruye mi masa y la reconstruye en el lugar de llegada. Tiene mi mapa completo insertado en el laboratorio y conmigo en la nave, por lo que puedo regresar, siempre el mismo. Los taquiones se forman con un acelerador, generando supercuerdas bosónicas de veintiséis dimensiones. Para cada salto, un viaje a las

cuerdas. Es una concesión del Gobierno, claro, no hubiera podido pagarlo yo. Ellos habían paralizado el proyecto, demasiado endeudados con la búsqueda de una vacuna de la epidemia en las colonias. Lo guardaban cogiendo polvo. La nave en cambio sí es mía, diseñé su cerebro como proyecto universitario con materiales derivados del grafeno. El sistema operativo funciona insertando moléculas de agua que van de unas placas de silicio y dióxido de silicio al grafeno, como transistor de datos. Muy potente, muy listo, no tan caro como piensas.

Loreto extendió la mano en busca de la taza que ya no estaba, y el programa se apresuró a cumplir su deseo. Llegó una fracción de segundo tarde y el borde de la bandeja le golpeó la muñeca sin querer. Un escueto y neutral "bip" sonó de los altavoces y las varillas metálicas corrigieron su trayectoria sin derramar una gota de leche. El té aún humeaba y calentó su garganta mientras el olor de la canela acariciaba su olfato. Cristóbal no quiso beber.

Nunca había pensado que fuera compatible tener sueño y morir de curiosidad, pero la espalda de Loreto le recordó que llevaba veintitrés horas despierta, un récord personal.

—Cristóbal, esto suena muy bien pero necesito una pausa para asimilar tu historia. Hagamos un trato, tú te marchas, yo me voy a dormir y no llamo a la policía. Mañana seguimos.

Esta vez sí sellaron el acuerdo estrechando las manos. Un sueño, dos cafés y tres artículos más tarde, los dos se sentaban en la biblioteca municipal, un bloque enorme y con un grave déficit en su sistema calefactor. Ocuparon la esquina más desangelada del último piso, donde sólo puertos con centrales de información en muebles metálicos les hacían compañía.

- —Eso que dijiste ayer de que mi vida corre un riesgo me ha incomodado ligeramente para dormir.
- —En mis viajes, nunca había trabado conocimiento con nadie. Claro, las personas nos cruzamos, nos miramos, pero no es lo mismo. En el salto a tu época perdí parte del equipaje por un error de transmisión. He tratado de impedirlo pero al final he irrumpido en tu cronología y he provocado una fractura en tu tiempo. No sé muy bien qué puede ocurrir.
- —Puede que nada. En todo caso no me ha venido mal un poco de diversión.
- —Cuentan muchas teorías que existe una serie infinita de universos, según las posibilidades. Nos conocemos, no nos conocemos, consigo la caja sin que te des cuenta. En otros llamas a la policía y conservas el álbum. Imagino que estamos

determinados a hacer lo que tengamos que hacer. Aún así me preocupa lo que te pueda pasar.

Loreto relajó las manos, antes cerradas.

- —¿De verdad te importa lo que me suceda?
- —No me perdonaría si ocurriera... algo. Así que con tu permiso cogeré lo que era mío y dejaré de molestar en tu vida.
 - —¿Y qué te espera de vuelta a casa?
- —Mi proyecto artístico. El instituto de arte moderno convoca un certamen anual para obras vanguardistas. Junto a un equipo de físicos diseñé el aparato que tienes en casa. Capturamos las funciones de ondas del sistema físico en el que nos encontramos, en un lugar y momento precisos, como si fueran coordenadas, incluyendo las partículas del sistema y su representación, en lo que es una muestra espacio-tiempo de tipo corpuscular y de corta duración. De vuelta a casa recrearé esas coordenadas en un entorno controlado en mi laboratorio. La historia recreada tal y como pasó. Hallazgos, hechos que luego se tornaron mitos, eventos que transformaron la historia, expuestos como cuadros restaurados. Si no gano ese concurso, sé que ganaré otros. Tendré para vivir el resto de mi vida.
 - —¡Eres un artista!

Cristóbal se arregló la corbata, sonriente.

- —¿No te ayudó nadie más? ¿Familia, amigos…?
- —No hay familia ni amigos. Han muerto por la epidemia.
- —Yo tampoco tengo a nadie. Te conozco poco pero ya sé que eres lo bastante inteligente como para esto. Aún así, no puedo reprimirme. Imagino que habrás pensado en volver hacia atrás, con ellos.
- —Sí, claro, cada día y cada noche. Pero no es bueno. No es lo correcto. Puedes visitar otros mundos pero si en este universo están determinados a morir, no merece la pena. Quizá podría salvarlos o quizá no. A día de hoy no hay cura.
- —Para lo que necesitamos cura es para tu forma de hablar, o necesitarás un traductor cuando pronuncies tu discurso de recogida del premio. ¡Qué lío!

Risas por lo bajo. Los fluorescentes del techo parpadearon y salpicaron de sombras sus rostros. Un encargado de limpieza de gorra calada los vio en la mesa, sin un ordenador encendido, ni una tableta de notas. Apenas se percibieron de que no estaban ya solos. Al comprobar su reloj de pulsera habían pasado tres horas.

Charlaron de comida, de bebida, de política.

Ella no contuvo su admiración por las grabaciones de Casals, limpias, presentadas en bobinas nuevas de mejor fidelidad por primera vez en décadas. Cristóbal sonrió pero dejó en el aire si conocía o no al violoncelista. Esquivaron con cuidado la comparación de épocas, y aunque al principio parecía un juego imposible, como saltar de una baldosa a otra a quince metros de distancia, pronto descubrieron que el esfuerzo no era insuperable.

Ya en casa, Loreto extrajo la caja de debajo de la cama, donde la había ocultado por precaución. Él la sostuvo entre los dedos con un respeto reverente, e inclinó la cabeza una y otra vez, hasta que ella le dijo que podía parar. Dado que su nave se encontraba escondida en un depósito abandonado en las afueras, lo razonable sería no perder el tiempo, o el toque de queda de salida interurbana le haría perder un día. Ella estuvo de acuerdo. Siguieron hablando en el pasillo, tras el pasillo continuaron en el quicio de la puerta, y la luz automática del descansillo se encendió y apagó sola cuatro veces antes de que sus bocas se fundieran.

Loreto percibió un intenso sabor a especias, un aroma de plantas que daba la impresión de pertenecerle de forma natural. El choque duró apenas unas décimas; suficiente para que ambos retrocedieran un paso, se enfrentaran y casi por instinto volvieran a juntarse. Salieron de sí, las manos y cabellos de una confundidos con las de otro, el tiempo volvió a indefinirse en el transcurso cálido del piloto automático de la luz.

De común acuerdo pasaron la noche separados, no sin antes prometerse el quedar de nuevo la mañana siguiente. Cristóbal llevó la caja consigo en un zurrón de cuero pero ella no dudó en que cumpliría su promesa. Sentada en el sofá donde aún podía reconocer sus huellas, accionó la música y reflexionó sobre los matices, más armónicos y verdaderos, que ganaba el mundo a su alrededor. Con naturalidad y sin vacilar, dio gracias a Dios.

Amaneció un viernes jubiloso y fresco, y las nubes cedieron el paso a nuevos rayos, amarillos y templados como nunca. Dos naves gemelas monoplaza surcaron los estratos a los que ningún transporte público llegaba. Se entretuvo en intuir el ocioso curso de su desplazamiento, que parecía jugar con las casas, las torres y antenas. Su destino era incierto, pero cuál no lo era. Lo sustantivo era el viaje, y mejor en compañía de un alma inquieta, despierta, singular. Un timbrazo la obligó a separarse de la ventana, que tintó la luna para disminuir la luz del interior, y a dejar la taza de café en la mesa. Había llegado temprano.

Le divirtió recibirle en la puerta con un tímido beso, y entretenerse en descubrir detalles nuevos en su indumentaria, como un zurrón distinto que colgaba de su hombro y una chaqueta negra con inscripciones en la pechera que no consiguió traducir.

- —No sé tú pero a mí me ha costado conciliar el sueño.
- —¡Vaya! Mira quién ha estudiado gramática durante la noche. ¡No has perdido el tiempo!
- —No suelo hacerlo, y el estar contigo es la mejor manera que se me ocurre de emplearlo ahora. Podríamos pasar el día en casa. Planificar el viaje. Conocernos mejor. ¿Qué te parece?
- —Como quieras, solo dame cinco minutos para ducharme, que estoy horrible. Descansa un rato, tienes el periódico en la tableta.

Dedicó a la ducha el menor tiempo de que fue capaz, y ni siquiera el vapor del agua la retuvo más de lo necesario. Después de once horas de incertidumbre, sabía que podía confiar en su palabra. No estaba segura de mucho más pero era un principio, y todo aquello que era importante solía basarse en actos de fe.

—¿Cristóbal?

El salón estaba vacío, salvo un cenicero en el que humeaba una colilla. Se asomó, todavía en bata y temblando. Debió olvidarse de programar el sistema calefactor para el invierno cuando formateó el sistema operativo. El parquet crujió detrás y se giró, pero no llegó a completar el movimiento: un objeto romo le golpeó en la frente y necesitó ambas manos para asirse a la pared y no caer. Dos nuevos empujones se sucedieron, uno le encogió el estómago y le provocó náuseas, otro lo reconoció como unos nudillos fibrosos clavándose en su mandíbula. El techo, lo único que era capaz de ver, se hizo borroso, quizá por la impresión o la sorpresa, quizá por el fluir de la sangre caliente, desbordada más allá de las cejas.

Consiguió asir la pata de la mesa antes que se abalanzara sobre él de nuevo. Con un gruñido la alzó sobre su cabeza y se la tiró encima. No llegó a derribarle pero sí lo detuvo y ganó unos segundos para poder verle protegiéndose del impacto del mueble contra él. Debía ser un efecto de la herida en su cabeza, pues al incorporarse, magullada, distinguió dos figuras enzarzadas en combate, sus rostros en contraluz. Las dos del mismo tamaño, los mismos gestos en ambos, el mismo combate cuerpo a cuerpo. Se empujaron hacia la cocina con el estrépito de los cacharros al rebotar por la encimera y el suelo.

A trompicones alcanzó la cocina. Ruido y puñetazos que dibujaban ya un mosaico de sangre en las baldosas de la pared. Los dos rabiosos, los dos Cristóbal.

Se trataba de una alucinación, o acaso se-

guía tumbada, inconsciente, en el suelo de parquet, mientras el ordenador procedía a reanimarla. Fijó la vista. Era tan palpable como que la noche dejaba paso al día. En las mismas condiciones físicas, de edad y carácter, por lo que podía verse.

Dentro de la cocina había poco margen de maniobra. Loreto acalló al sistema de seguridad, que al detectar ruidos por encima del parámetro establecido había hecho sonar la alarma. Entre los electrodomésticos, uno de los Cristóbal, armado de una sartén, golpeó en la cabeza al enemigo, que cayó al suelo con una brecha del largo de un dedo índice. Luego se acercó a ella.

—Tienes que creerme que esto no entraba en mis planes.

Ella retrocedió tres pasos.

—Quieto ahí. No vas a moverte hasta que me des una prueba de que eres... el verdadero.

Antes de poder reaccionar, el hombre la cogió por el talle y le propinó un beso, cálido y especiado, idéntico al de la noche anterior.

- —Esto. Me gusta que conserves la caja mientras estemos juntos. Es la mejor garantía de que soy el de ayer y no deseo tu mal. Debe haber venido a por ella.
 - —Pareces muy seguro.
- —Diría que se trata de una competición entre universos paralelos. Imagino que de alguna manera se ha enterado de que tengo este álbum, por el que se va a pagar una suma millonaria en mi mundo. Es un objeto muy goloso, cualquiera recibiría el Nobel por él, y suplantarme no es tan difícil.
- —Espera, me estás hablando de universos paralelos como quien habla de cambiarse de camisa.
- —Deduzco que éste venía de un mundo en el que se ha conseguido desarrollar naves de energía lo bastante potentes como para permitir el viaje a través de supercuerdas cósmicas. Un universo de más de tres dimensiones. En algunos de ellos existen versiones nuestras, y nos han detectado el rastro desde que salí de mi presente. Lo mejor será volver a casa cuanto antes.
 - —Está bien. Vámonos.

Cristóbal la miró petrificado, con el terror en la mirada y la alegría en su sonrisa.

- —;"Vámonos"?
- —Quisiera ir contigo. Cruzar un puñado de siglos es una minucia si podemos estar juntos.
- —Por favor, confírmame. ¿Te das cuenta de que la brecha entre universos probablemente ha sido culpa mía por generar estos cambios? ¿Que

el viaje que nos espera es peligrosísimo?

—Claro que sí. Por eso lo mejor será marcharnos cuanto antes, ¿no crees?

No dijo más. Le agarró una mano con dos de las suyas y las besó con dulzura, como si no hubiera por delante nada más que ellos. El instante pareció eternizarse como una pintura en un marco. Luego soltó sus manos, le dio la caja y se colgó al hombro su zurrón.

Tomaron el primer aerotaxi de la dársena y volaron en dirección a las afueras sin quitarse de encima la sensación de estar siendo vigilados. De nuevo en tierra, media hora después, llovía a cántaros y rayos y truenos se turnaban en el control de los cielos. Encontraron la nave donde él la había dejado, bajo un depósito de agua fuera de uso y vallado. Ya desde la distancia a Loreto le pareció un artilugio tan pequeño e insignificante que parecía de juguete. No más de tres metros de largo bastaban para albergar lo que el vehículo necesitaba. Sortear los alambres fue sencillo y pronto se hallaban en la carlinga, el panel de mandos activado.

Cristóbal extrajo de un compartimento empotrado dos pares de cascos y le tendió uno a Loreto. Después de comprobar que se había colocado correctamente el cinturón y que los niveles de energía y combustible estaban en orden, encendió los controles, asió el timón y la nave elevó su ligero fuselaje con suavidad. Pronto alcanzaron velocidad de crucero.

El balanceo tranquilo de la nave comenzó a entumecer las extremidades de Loreto, que se estiró con un bostezo, a tiempo para girarse y ver a Cristóbal con una cuerda fina, casi invisible, alrededor del cuello.

-¡Cuidado!

Tras él otro Cristóbal tiraba de la cuerda. Salvo la tez de éste, más tostada, y unos dientes casi inexistentes, la imagen —ahora familiar— semejaba a una persona forcejeando contra su propio reflejo. "Su" Cristóbal tardó en reaccionar y ya rodeaba el nylon su garganta y las mejillas se abrasaban por la asfixia. Se lanzó a sus ojos con un rugido y agradeció llevar las uñas largas. La adrenalina le hizo apuntar con más precisión y notó los ojos del otro Cristóbal desgarrarse como un huevo y un fluido espeso y caliente empapar sus manos. El hombre aulló como un lobo herido y no tuvo tiempo de defenderse de Cristóbal, que estampó un extintor en su cara y lo derribó como un saco de patatas. No se volvió a levantar.

—Corre, arrójalo a la bodega. Está en el piso inferior, hay unas escaleras al fondo. No tengas piedad porque sea guapo y fuerte.

Hizo lo que le decía, pero cuando regresó a la cabina supo por el rostro cubierto de sudor de Cristóbal que los problemas no habían terminado.

—El panel no funciona correctamente. Alguien lo está saboteando. Voy a tratar de elevarme hasta...

Una sacudida manoseó la nave como el viento con las hojas y los hizo perder altitud. Rozaron una torre de comunicaciones, pero Cristóbal trató de frenar la caída a partir de ahí.

—¡Hijos de puta! Están bloqueando el espacio radioeléctrico, el radar funciona a ratos. Parece que de alguna manera también afecta a los estabilizadores y motores.

Frente a la pantalla cruzó un objeto volador, a distancia tan cercana que su vuelo los arrastró con fuerza. Era una nave panzuda, de alas cortas y motores de fusión.

—Bueno, pensándolo mejor quizá lo de los estabilizadores se deba a los láseres de ese bastardo extradimensional. Se nos acumula el trabajo.

En la débil señal del radar pudieron captar otras tres naves, más pequeñas, que se acercaban deprisa pero con mayor precaución. Esta vez Loreto sabía de qué se trataba. Lo había visto otras veces.

—Fantástico, ya tenemos a la policía encima. Aprisa, sal como puedas de la atmósfera y dejarán de tener jurisdicción sobre nosotros.

Los dedos de Cristóbal volaban como abejas de los mandos a los botones del panel y de vuelta a los mandos. El ascenso fue brusco y casi lanzó a Loreto contra la pared de la carlinga. La nave principal reaccionó como si pudiera leer sus pensamientos, y cargó contra ellos, casi anticipándose a sus maniobras. Una señal de tráfico los avisó que habían superado los límites urbanos de la estratosfera. Casi al mismo tiempo que avistaban los primeros meteoritos y demás cuerpos celestes, dos rayos láser rozaron la estructura de la nave con un silencio tétrico. Cristóbal maldijo entre dientes una blasfemia desconocida para ella, tiró de los mandos hacia sí y la nave rotó sobre su eje. Frente a ellos, el vehículo enemigo aceleraba y descargaba sus láseres, que Cristóbal trató de esquivar.

- Lo siento, Loreto. Creí que podríamos salir de esta.
 - —¿No contamos con nada de armamento?
- —Diez torpedos, dos a cada lado. Recemos, que sea suficiente.

Destapó del panel de control una palanca doble.

—Por favor, acciónala. Tienes, que empujar hacia arriba y luego girar la rueda a la posición

uno. La nave, hará el resto.

Loreto hizo como le indicaba y dos luces blancas la deslumbraron. Le sorprendió la ausencia de sonido o efecto de retroceso. La nave expulsó los dos primeros torpedos, que activaron sus propios motores y se lanzaron contra el adversario. Éste, tan próximo que podían leer el número de serie de sus compuertas de emergencia, ejecutó una finta demasiado ágil para su tamaño y destruyó los dos proyectiles cuando se encontraban lo bastante lejos para no verse afectado por la onda expansiva. Luego tuvo tiempo de encararlos de nuevo y disparar.

Cristóbal no tuvo tanta suerte. Los mandos respondieron con torpeza y uno de los rayos perforó la base de la nave. Las luces y el escudo se vieron afectadas y el radar aulló sonidos de emergencia, indicando en un mapa los daños.

—Es el fin. Un impacto más y somos polvo cósmico.

Se cogieron de la mano. Cristóbal, con la mano libre, hizo lo que pudo por esquivar los siguientes rayos. Sólo falló uno, pero agitó la nave con violencia e hizo que las mascarillas antipresión se descolgaran del techo. Oían más fuerte la alarma que sus propios pensamientos. Tras la última batería de disparos pudieron ver la representación de los otros a su espalda. Un nuevo rayo verde los embistió en los motores y Loreto esperó el reencuentro con el Padre en el Cielo.

Luego, no pasó nada.

Sintieron que les arrebataban el control de la embarcación y que los enemigos aceleraban a gran celeridad. Las estrellas perdieron su sentido, borrones sin fin en la bóveda negra. Cristóbal se puso en pie, aprovechando la estabilidad, y tomó los análisis del ordenador.

—Un rayo tractor. Nos están desplazando a algún sitio a alguna velocidad terrible. ¿Ves cómo cada segundo hay una detonación en sus motores? Es una nave, de propulsión de pulso nuclear.

Loreto percibió cómo Cristóbal trataba sin éxito de dominar el temblor en sus manos.

Pasaron una semana escoltados por las cuatro naves. Los alimentos y el aire duraron los suficiente como para que pudieran pensar en una solución. No se les ocurrió ninguna. Compuertas, motores, armas, incluso el transmisor de viaje temporal estaba desactivado. Jugaron a identificar planetas y cuerpos celestes. Compartieron la música preferida de ella. Él desplegó sus mejores talentos de cocinero y bromeó con que sus platos eran más bien una prueba de adivinanzas. En aquel lúgubre escenario sus chistes eran tan agridulces como sus recetas pero para su sorpresa,

ella las disfrutó.

Al fin, las pantallas les adelantaron una imagen de un grupo compacto de estrellas situado en el centro de la Vía Láctea. La constelación de Sagitario. En los lectores de radiación y ondas, un objeto irrumpió con datos que se salían del gráfico, algo invisible pero cuya masiva existencia quedaba clara en las medidas. Todo el universo se veía abocado a su gran sustancia voraz.

—Un agujero negro. No nos van a destruir, solo a abandonarnos donde no tendremos masa. Es la manera cuánticamente más higiénica. Ni siquiera es un asesinato.

—¡Pero eso no tiene sentido! ¡Si nosotros somos destruidos, ellos también!

Un mensaje trinó en los altavoces con un arpegio cantarín. Luego bramó una voz metalizada y sin vida que se unió a la conversación, tan a propósito como si una presencia etérica les hubiera acompañado desde el principio.

—Entregadnos el álbum o pereceréis. La nave tractora está teledirigida. Soltad el cargamento por la borda en un soporte especial y os liberaremos.

Cristóbal respiró con la fuerza de un oso. Loreto lo miró sin poder evitar una risa histérica.

- —¿Teledirigido? Entonces, ¿nos rastrean de alguna manera?
 - —Es de suponer, que sí.
 - —No hay más que hablar, en ese caso.

Fue a la cocina v volvió con un encendedor de mano. Cristóbal se mordió los labios y desvió la mirada. En las estrellas de materia moribunda pudo leer como en las huellas de un árbol las luces que iluminaron las mentes más agudas, las batallas y los descubrimientos, todo lo que tenía de glorioso y despreciable el hombre. Cogió el encendedor, colocó el álbum en una mesa auxiliar y presionó el gatillo. La caja negra tardó poco en humear y fundirse. El aparato, tan enigmático no hacía mucho tiempo, emitió un lánguido código sonoro y en su estertor final proyectó en el corredor a un parpadeante Sir Isaac Newton, en tres perfectas dimensiones, ojeroso y enfermo y vivo. Gesticulaba, débil pero con énfasis de creyente, sobre mecánica y gravedad.

Parejo a la desintegración del álbum fue mermando la potencia del rayo tractor y la imagen del brillante físico se corrompió en colores pardos mientras su fraseo degeneraba en un idioma primitivo y confuso. Cuando el álbum no era más que un amasijo de cables y chips, la nave los liberó de la presa, modificó su trayectoria y desapareció de su vista junto a las otras tres. Los con-

troles resucitaron.

- -¿Sabes? Tenías razón. Nuestras vidas corrían más peligro del que pensábamos.
 - —No sé qué decir. He sido un imprudente.
- —No te preocupes y vayamos a casa. Estaba deseando mudarme. Construiremos nuestros recuerdos pasados. Juntos.